

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Octubre de 1880.

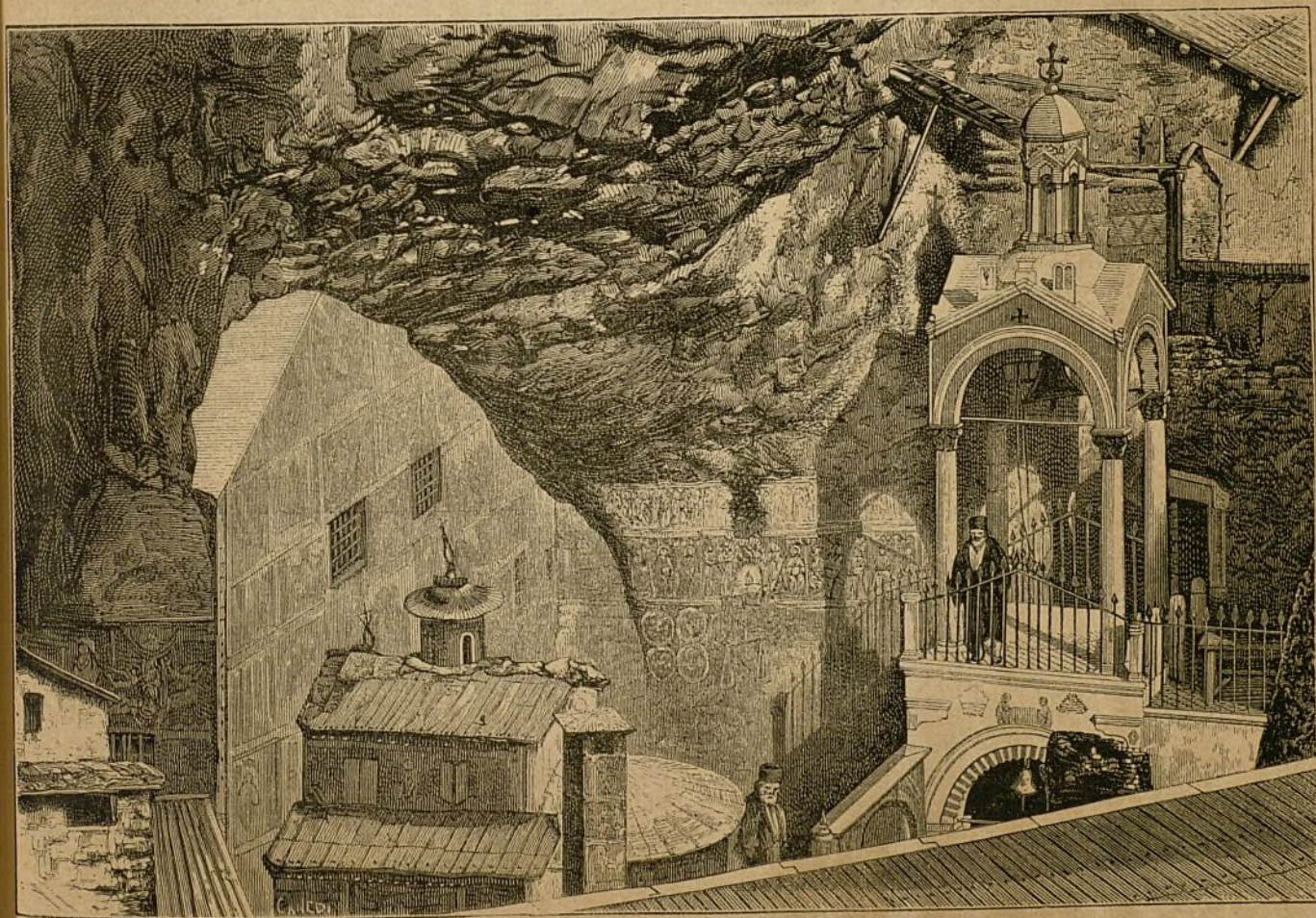
N.º 19.

HACE algunos días llegó á Barcelona el Ilmo. Memarbachi, corepiscopo de Siria y Vicario patriarcal de Antioquia, acompañado del secretario del Patriarcado para lenguas extranjeras D. José Schelhot. Como saben ya nuestros lectores, su venida á España tiene por objeto allegar recursos para las Misiones de Siria y Mesopotamia.

Hace tiempo que estas Misiones fueron fundadas especialmente por misioneros españoles pertenecientes á diversas Ordenes religiosas. Evangelizar los pueblos sumidos en el cisma y la herejía: hé ahí una obra verdaderamente civilizadora, tan difícil como benéfica, porque tropieza con el gravísimo inconveniente de las persecuciones suscitadas con frecuencia por los mahometanos, y alentadas y sostenidas por la perfidia y mala fe de los cismáticos; siendo resultado de todo esto que los católicos ó fieles conversos pierdan á menudo sus bienes, cuando no sus vidas, y los misioneros tengan que luchar con la falta de recursos para sostener el culto, abrir escuelas y erigir los templos ó capillas necesarias.

Todo esto tendría fácil remedio si la Santa Sede conservara sus legítimos bienes y Estados temporales; mas habiendo sido despojada de ellos, ve con dolor que las Misiones católicas y la predilecta obra de *Propaganda Fide* carecen de los elementos necesarios para desenvolverse y producir los copiosos frutos que pudieran dar si los recursos materiales no faltasen. Setenta mil cismáticos monofisitas se presentan á los ojos de los misioneros de Siria; setenta mil almas que con el auxilio divino y las limosnas de los católicos europeos podrían ser arrancadas de las sombras del error, iluminadas por la luz de la fe y reducidas al gremio de la Iglesia verdadera.

Hace pocos meses que el Ilmo. Memarbachi y el Secretario del Patriarcado llegaron de Oriente y fueron en derecho á postrarse á los piés de Leon XIII. Su Santidad les recibió conmovido, alentóles con amor de padre y les encargó que visitasen la España en busca de las limosnas que tanto necesitan los misioneros de Siria. Por lo tanto, al presentarse entre nosotros, nos traen un recado, digámoslo así, del Padre Santo; vienen por



TREBISONDA.—Iglesia y campanario del monasterio de Mela. (Pág. 435).

él recomendados y con la seguridad de no ser despedidos con las manos vacías.

Por la reconocida generosidad y desprendimiento de los españoles cuando se trata del esplendor y los intereses de nuestra religion sacrosanta, ha sido preferida la nacion española á las demás naciones para dar comienzo á esta recoleccion de limosnas: lástima grande seria que un éxito desgraciado obligara á cambiar de opinion tan favorable á nuestra patria comun.

Pero hasta la fecha, á Dios gracias, no hay trazas de que esto suceda, á juzgar por la buena acogida de que han sido objeto en Madrid y en otras ciudades de la Península los representantes del Patriarcado católico de Siria. Confiamos que Barcelona no se dejará vencer en generosidad por ningun otro pueblo, y hará que los mensajeros de Oriente lleven, al separarse de nosotros, gratisimo recuerdo del vecindario barcelonés, á cuya religiosidad y humanitarios sentimientos acuden por medio de la siguiente circular, cuya lectura recomendamos encarecidamente.

CATÓLICOS BARCELONESES.

Conmovido Su Santidad el Papa Leon XIII por las necesidades apremiantes de la Iglesia de Siria, ha dado á su Patriarca, por medio de la sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, autorizacion para hacer colectas en las naciones de Europa, y principalmente en España, para coadyuvar á la grandiosa obra de la conservacion y propagacion de la fe en nuestro desgraciado país, oprimido por la dominacion musulmana y desgarrado por la herejía. Amparados en Madrid por la Nunciatura apostólica, hemos implorado en la capital de España la caridad pública en favor de nuestras Misiones y Seminarios empobrecidos de Oriente, y hemos encontrado aquella proteccion y generosidad que los pueblos creyentes sienten en favor de los desgraciados; y conducidos por el renombre cristiano que justamente se merecen los barceloneses por el brillo de su piedad y por la fama de la generosidad con que se asocian á todas las nobles empresas, venimos con la recomendacion del Nuncio Apostólico á interesar con preferencia la fe y la caridad de los barceloneses y reclamar una limosna que en nombre de Dios pedimos para robustecer la fe de nuestro pueblo, para devolver á la Iglesia católica romana los hijos que le ha arrebatado el cisma ó la herejía, y para convertir á los infieles que yacen en las sombras de la muerte.

Hace ya siglos que la Siria y la Palestina son un campo de batalla entre el mahometismo y la cristiandad, entre una religion que no respira sino fanatismo, exterminio y sensualidad, y otra que es toda inteligencia, amor y pureza. Nuestra Iglesia de Siria, nuestra comunidad cristiana de aquel hermoso país, ha prosperado en medio de los sectarios del Coran, de los cismáticos y de los herejes, es decir, en un centro cuya circunferencia eran los alfanjes victoriosos de Mahoma, los odios del cisma y las perfidias de la herejía. Nuestra constancia nos ha costado degüellos y saqueos periódicos, y las vejaciones continuas de nuestros opresores. A todo eso hemos opuesto siempre y no queremos oponer otras armas que la luz y la mansedumbre del Evangelio, y con ellas venceremos. Hoy dia los turcos más fanáticos envían ya á instruir á sus hijos á la escuela de la Mision ó del convento cristiano, y á pesar suyo sentirán la influencia bienhechora del Cristianismo, que los preparará á deponer aquella aversion profunda y ciega que sienten por todo lo que es cristiano: y cuando Dios fuere servido, abrirá su inteligencia y su corazon á la gracia de la fe. Los herejes jacobitas se sienten tambien dispuestos á abrazar la fe de sus mayores y volver al seno de nuestra santa Madre la Iglesia, y piden misioneros católicos.

Ese conjunto de disposiciones favorables para la obra de la restauracion de la fe en Oriente, ese movimiento de retorno á la Iglesia católica que se ha iniciado en pueblos cismáticos y herejes, multiplica las necesidades de las iglesias de aquellos países y exige recursos para fundar escuelas que instruyan al niño del infiel al lado del católico, oratorios donde aprendan á invocar el santo nombre de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, casas de Mision y seminarios donde se formen obreros evangélicos.

El Oriente no es todavía bastante rico en fe y en piedad para lle-

var á cabo esa grande obra. La Europa, á pesar de sus desgracias, no ha dejado de ser el corazon del mundo, y necesitamos de su piedad y de su grandeza moral y material para hacer prosperar en el resto del mundo la civilizacion cristiana.

España sabe, porque se lo dice su gloriosa historia, lo que cuesta levantar un pueblo subyugado por el islamismo, y mejor que ninguna otra nacion comprenderá las amarguras de los sirios católicos al contemplar convertidos en mezquitas los templos cristianos en que sus padres adoraron á Dios, y cuánto hay de grande y de costoso en la reconquista de esos monumentos de la fe por medio de las pacíficas cruzadas de los misioneros del Evangelio.

La Siria católica se siente ligada á España con estrechos vínculos de simpatía y con los de la gratitud que le debemos por señalados beneficios que nos ha dispensado. En una de esas situaciones aflitivas que creó para nuestra comunidad cristiana una de las persecuciones del siglo pasado, el Patriarca acudió á la generosidad de los españoles, que se apresuraron á remediar con sus donativos nuestros infortunios; y gracias á la munificencia de una señora española, la duquesa de Villahermosa, púdose formar el Seminario sirio de Charfen en el monte Libano, que ha quedado como permanente institucion católica de mucha importancia en nuestro país.

En estas circunstancias acudimos de nuevo á la generosidad española, y en este momento, y muy especialmente, á la generosidad de los católicos barceloneses. En nombre del Patriarcado de Antioquia, de aquella iglesia, cuna de las demás iglesias, fundada por el Príncipe de los Apóstoles, en la que los fieles tomaron por primera vez el nombre de cristianos, que los barceloneses llevan con tanta gloria, les pedimos una limosna con que socorrer á sus hermanos para sostenerlos en la fe y difundirla de nuevo en aquellas iglesias, antiguamente tan florecientes.

Católicos barceloneses: ayudadnos en esta grandiosa empresa. Debais un infiel su conversion en aquellos remotos países, fortaleza el que vacila y la sumision de un hijo rebelde de la Iglesia nuestra Madre. La gratitud de los favorecidos os atraerá las bendiciones del cielo, y como fruto suyo recompensas que serán el consuelo de vuestra vida y vuestra corona en el cielo.

JOSÉ MEMARBACHI, *corepiscopo sirio y vicario patriarcal*. — JOSÉ SCHELHOT, *secretario del Patriarcado para las lenguas extranjerias*.

El ilustrísimo señor Obispo de Barcelona, atendida la importancia de la obra expresada, la recomienda á la caridad de sus fieles diocesanos. Dé cada cual lo que pueda, aunque sea una cantidad módica: el objeto para que se da no puede ser más benéfico y digno de la caridad cristiana. Se reciben las limosnas en la Secretaria de Cámara de este obispado, en la cual hemos depositado por nuestra parte las 173 pesetas, total de los donativos que para dicho fin tenemos recaudados hasta la fecha.

TREBISONDA.

VI.

MONASTERIOS.

Trebisonda no posee en su recinto otro convento que el de mujeres ya descrito en otro capitulo. Cada iglesia tenia antiguamente su convento, bien poblado de monjes ó de religiosas, segun aseguran las noticias que se conservan en la biblioteca del monasterio de Mela. Despues de la separacion definitiva de la Iglesia oriental y la Iglesia romana, estos conventos fueron desdeñados y paulatinamente abandonados (1). En los alrededores de

(1) Los antiguos Bizantinos se interesaban mucho por el progreso de las letras, de las ciencias y de la religion; pero los últimos Comnenos, entregados á los placeres y ligados al cisma, no pensaban más que en prolongar la existencia del pretendido imperio que habian levantado sobre las ruinas del de Bizancio. Aliábanse con los turcos dándoles sus hijas por esposas. El pueblo, no contando ya con sacerdotes instruidos que impidieran esas uniones de cristianos con musulmanes, imitó á sus emperadores y cayó insensiblemente en la ig-

Trebisonda no quedan más que tres conventos: el monasterio de Mela, el de San Jorge y el armenio.

I.—*Monasterio de Mela.*—El monasterio de Mela ó de Sumela (págs. 433 y 436) toma su nombre de la montaña sobre la cual está edificado. Tuvo por fundador á Augustal Cortichio, gobernador de Trebisonda, persa convertido al Cristianismo. La historia manuscrita de este monasterio refiere que en 386 dos monjes, Bernabé y Sofronio, habiéndoseles aparecido en sueños la Santísima Virgen inspirándoles el deseo de ir á residir en la montaña de Mela, partieron de Atenas llevando consigo una imagen de la Virgen llamada de san Lucas. Despues de toda clase de dificultades, llegaron á Trebisonda, donde supieron que el monte de Mela estaba á ocho horas de distancia de la ciudad. Siguieron el río Píxitis y llegaron al pié de la montaña; pero no encontraron camino por donde subir á ella. Mientras buscaban el medio de practicar un sendero, se inclinó á lo largo del monte un grande árbol que les sirvió de escala para subir. En lo alto encontraron una caverna donde hacian las aves sus nidos. Limpiáronla y depositaron en ella la imagen de la Virgen, y así fué convertida la caverna en iglesia, que bendijo más tarde el obispo de Trebisonda en presencia del clero y del gobernador Cortichio. Este hizo construir habitacion para los dos monjes y les concedió algunos terrenos.

El monasterio está situado sobre una montaña peñascosa, á 1,200 metros sobre el nivel del mar y á 185 sobre el de un pequeño río que corre por la base del monte, en cuya cima una escalera conduce á la única puerta que da entrada al monasterio. Despues de esta puerta, que es muy baja y cuya abertura está practicada en la roca, se descienden noventa escalones y se llega delante de la iglesia, iluminada por solas tres ventanas, una á cada lado y otra encima del altar. Este altar tiene un revestimiento de cobre que, si ha de darse crédito á la tradicion, es debido á la munificencia del sultan Selim, hijo de Bayaceto II. El exterior está adornado de pinturas que representan pasajes del Nuevo Testamento, figuras de Santos y retratos de los Comnenos (pág. 436). En frente de la iglesia hay el campanario. (Pág. 433). Al rededor están dispuestas muchas celdas para los viajeros y los peregrinos. El recinto del monasterio da á éste la apariencia de una pequeña fortaleza. Los monjes tienen sus celdas separadas y viven en la más completa miseria. El convento, sin embargo, es muy rico; posee inmensos terrenos en los contornos, en Trebisonda, en Platana, en Constantinopla y en Rusia; sus rentas son enormes, pero nadie conoce el empleo que de ellas hacen, ni se sabe dónde están depositadas las inmensas riquezas de esos monjes. En el interior de la iglesia hay un

norancia, el error y el fanatismo. Así perdieron el nombre de cristianos gran número de habitantes de Trebisonda. Si alguna vez los misioneros trataban de volver á conducirlos á buen camino, imaginábanse que se les queria convertir á la Iglesia latina, y les perseguian. El solo nombre de latino excitaba su cólera, porque sus sacerdotes les habian persuadido de que los latinos, que habian hecho bambolear el Imperio de Bizancio, habian acabado por dar el último golpe al de Trebisonda. No han faltado autores que han publicado obras en las cuales se pone de relieve todo el odio del clero griego contra Roma. El sabio Santiago Pitzipios fué acusado de cismático y de loco por haber publicado una obra titulada *La Iglesia oriental* (Roma, imprenta de la Propaganda, 1855), y formado una Sociedad cristiana oriental encaminada á atraer á los griegos á la union.

armario que contiene las actas de donacion, el crisóvulo de los Comnenos, los hatti-cherifs por los cuales muchos sultanes han otorgado terrenos y privilegios, Evangelios escritos sobre pergamino, algunos libros antiguos y ornamentos. El coro, sumamente pequeño, tiene un altar en el cual descansa la imagen de la Virgen, que el humo ha puesto desconocida. Ese cuadro, en madera, está cargado de oro, plata y piedras preciosas, donativos de los peregrinos que acuden de todos los puntos del Asia para venerar esta Imágen, reputada la más milagrosa de todas las que se veneran en Oriente.

Encima del altar, en un armario, se conserva una cruz de oro de 30 centímetros de largo, guarnecida toda de piedras preciosas: en el centro tiene engastado un pedazo de madera de 5 centímetros de largo y 4 milímetros de espesor. En el reverso se lee la siguiente inscripcion en griego:

«Este es el santísimo madero santificado por Jesucristo. Dado á este monasterio y á la iglesia de Mela por el muy humilde emperador Manuel, hijo de Alejo Comneno. 1390.»

Esta cruz no puede ser considerada como una reliquia de la verdadera cruz, porque no solamente no trae sello alguno, sino que la tela que guarnece el interior, el trabajo y la escritura, indican una época moderna. Por otro lado es muy frecuente ver de esta clase de reliquias en manos de los sacerdotes mendicantes, tan numerosos en Oriente.

La vida de los monjes de Mela es laboriosa. Cultivan los campos, mantienen grandes rebaños, y trabajan activamente para aumentar la fertilidad de sus tierras. Entre ellos hay uno solo que es sacerdote, y éste no puede nunca ser superior. No parece que su salud salga perjudicada con las privaciones que soportan, pues de los diez monjes de Mela, sólo uno ó dos son delicados de salud: la mayor parte cuentan ya respetable edad.

Este convento poseia en otro tiempo una rica biblioteca de manuscritos que le quitaron los patriarcas de Constantinopla: hoy no conserva más que algunas obras impresas y algunos manuscritos. Pertenecen al convento muchas iglesias de los alrededores, especialmente la de Santa Bárbara, á donde acuden los peregrinos para venerar las imágenes de la Virgen y de la Santa. Los orientales son tan ignorantes que prestan á los Santos el culto de latría (que sólo se debe á Dios): mantienen una lámpara encendida delante de su imagen, y cada sábado por la tarde les ofrecen incienso.

II.—*Monasterio de San Jorge.*—No lejos del monasterio de Mela se encuentra el de San Jorge de las Palomas. Este monasterio, construido por los primeros Comnenos, era en otro tiempo muy renombrado y lo habitaban gran número de monjes, reducidos hoy á diez ó doce. El superior, que tiene el título de exarca, extiende su jurisdiccion sobre 800 casas del contorno. Comunícase directamente con el patriarca de Constantinopla, y ordena sacerdotes sin el concurso del obispo de Trebisonda. Este convento poseia una biblioteca muy preciosa, pero actualmente sólo le quedan algunos volúmenes sin valor. Los monjes de San Jorge, no tan ricos como los de Mela, son, como ellos, pastores y labradores. Muchos peregrinos del Ponto visitan este monasterio.

Practicase la hospitalidad más completa con los peregrinos y extranjeros que visitan estos conventos. Pueden permanecer en ellos todo el tiempo que quieren, sin que se les exija indemnización alguna. Cada peregrino pobre recibe, al partir, una provision de pan y queso.

Esos monasterios están colocados en las cumbres de los montes por la necesidad de precaverse de las incursiones de los bárbaros que de tiempo en tiempo iban á saquear Trebisonda y sus contornos. A pesar de su difícil acceso han sido víctimas de muchos y muy considerables robos.

No muy lejos del monasterio de San Jorge se encuentra el pequeño monasterio de San Juan de Kuspidi, habitado por cuatro ó cinco monjes.

III. — *Monasterio armenio.* — En el año 1332, en tiempo de Basilio I Comneno, una colonia armenia, cuyo jefe se llamaba Estéban, vino á establecerse cerca de Trebisonda. Estéban hizo construir un monasterio en la montaña de Kaimakli, á dos horas de la ciudad, cerca del rio Pixitis. Aunque rico y bien adornado, este monasterio no puede compararse á los monasterios

griegos. En ellos no se da hospitalidad ni habita monje alguno. Durante la buena estación los armenios van allí á pasar el domingo y un sacerdote celebra la Misa.

La iglesia principal de este monasterio está adornada interiormente con pinturas que representan Santos y asuntos del Nuevo Testamento. La semejanza de estas pinturas con las de las antiguas iglesias griegas prueba que han sido ejecutadas por Bizantinos griegos, y que

en aquella época la Iglesia armenia no estaba todavía definitivamente separada de la Iglesia griega y latina, porque los armenios no adornan con imágenes sus templos. Ordinariamente en las iglesias armenias no se ve más que una imagen colocada en un altar, también único, y ésta es la de la Virgen santísima. A veces hay tres imágenes; en cuyo caso las otras dos están colocadas en hornacinas inmediatas al altar. Al revés de los griegos, que hacen pintar sus imágenes sobre madera, los armenios, como los latinos, las hacen pintar sobre tela.

En torno de un vasto patio hallanse varias capillas y un campanario de tres pisos, cada uno de los cuales forma una capilla que contiene gran número de cuadros antiguos. Ninguna biblioteca ha existido jamás en ese monasterio; pues en aquella época los armenios no tenían en Trebisonda ni colegio, ni seminario. El monasterio posee en sus cercanías algunas tierras cultivadas por colonos que parten con la comunidad el producto de las cosechas: esta renta sirve para sostener las escuelas y el obispado.

Después de la toma de Trebisonda los armenios sufrieron la misma suerte que los griegos refugiados en el Krum: emigraron á Ispir, donde algunos años después abrazaron el islamismo para salvar sus vidas. Esos armenios musulmanes han conservado muchas prácticas cristianas. Leen el Evangelio, hacen la señal de la cruz y santifican el domingo lo mismo que el viernes. Pero no han conservado el cristianismo como los griegos: no tienen sacerdotes en es-



TREBISONDA.—Montaña y monasterio de Mela. (Pág. 435).

creto: no se hacen bautizar, ni sus mujeres se velan el semblante, y llevan apellidos musulmanes que agregan á los nombres cristianos de sus padres. A pesar de que han conservado algunas formas exteriores del Cristianismo, son musulmanes fanáticos y jamás darian sus hijas en matrimonio á armenios cristianos.

Los armenios poseen tres iglesias en la ciudad de Trebisonda. La una, titulada Charkapan y dedicada á la santísima Virgen, data del tiempo de los Comnenos. Junto á ella se encuentra la residencia de un preposito episcopal (*arachmort*) que, sin ser obispo, tiene la jurisdiccion y llena las funciones de tal. Forman su cabildo cuatro ó cinco sacerdotes, tan ignorantes como los sacerdotes griegos, y algunos seglares. Las otras dos iglesias armenias llevan las advocaciones de la Asuncion y de San Juan.

La poca instruccion del clero armenio gregoriano y el poco cuidado que tiene de los fieles han permitido al protestantismo hacer entre ellos gran número de prosélitos. Hace algunos años que un misionero protestante fué á Trebisonda y abrió una escuela, logrando conquistar algunos armenios. Uno de estos fué enviado á América, aprendió el inglés y volvió á Trebisonda en calidad de ministro. Hoy existe allí una pequeña comunidad, con un templo, una escuela y algunos inmuebles.

Los armenios católicos tienen en Trebisonda una iglesia, un obispo y dos escuelas, una para niños y otra para niñas. Sabido es que la iglesia fué usurpada por los cismáticos: para reemplazarla los armenios construyeron una capilla de madera.

Trebisonda tiene tambien un convento de Capuchinos, cuya iglesia está bajo la advocacion de la Purificacion; una escuela frecuentada por niños de todas las comuniones, un establecimiento de Hermanas de San José de la Aparicion y un asilo para los niños extraviados.

A N A M.

Relacion del P. Félix de Fuentes, misionero dominico del Tong-king.

Thiet-nham, 29 de Julio de 1879.

Gracias á Dios y á los superiores, ya me libré de la Babilonia de Hai-phaong, y aquí me tiene V. en el distrito llamado, por antonomasia, de los tigres. Todo aquí son montes y cerros, bosques y más bosques. Aunque el país es alegre y pintoresco, su clima es de los más insalubres y muy propenso á calenturas. Además, la temperatura es extrema en todos sentidos, pues durante el invierno hace un frio intensísimo, bajando ordinariamente el termómetro C. á los 5°, 4°, y hasta los 3°, mientras por el verano hace un calor casi insoportable, como en Mayo de este año, en que hubo día en que subió el termómetro Fahrenheit sobre 101°. Sin embargo, todos los misioneros desean este distrito, y es porque la gente se cria sencilla, fervorosa y, más que ninguna otra, amante del misionero. Al verlos al rededor de mí con aquel semblante rebotando de cariño y filial amor, no puedo contener el gozo y me creo el más feliz de este mundo.

Creo que este distrito es de los de más difícil admi-

nistracion, no sólo por la multitud de cristiandades, que son 18 con unas 2,200 almas, sino tambien por la mucha distancia, y especialmente por lo expuestos que son los caminos, pues por los demás distritos se puede viajar en barco, pero aquí hay que ir siempre á pié y siempre por montes y collados. Este pueblo en que me hallo tiene unos 600 habitantes, y es el mayor del partido. Está situado en medio de una cuenca cercada de montes, y á tres horas, por la parte Noroeste, comienzan ya los inmensos bosques conocidos y frecuentados solamente por los tigres. Por la parte Norte se extiende este distrito hasta las provincias de Lang-Son y Cao-Bang. El pueblo cristiano más distante está á seis horas de aquí, y á jornada y media del primer pueblo de la provincia de Lang-Son. Hay otras dos cristiandades á cinco horas, antiguamente bastante numerosas, mas hoy día, habiendo sido diezmadadas por los tigres, sólo cuentan, una 24 almas, y otra 44. Para subir á esas dos cristiandades hay que ir siempre por entre bosques llenos de tigres; por lo que nadie se atreve á ir solo por aquellos caminos, y ni aún yendo dos ó tres juntos están seguros en mitad del día.

En cuanto á las demás cristiandades, aunque todo el distrito se halla entre montes y bosques, no es sin embargo tan expuesto viajar de día; pero es casi imposible de noche, en términos que algunos cristianos mueren sin Sacramentos; pues por más que uno sea atacado de la peste al anochecer, nadie se atreve á venir de noche á buscarme. Antes de venir aquí ya habia oido los estragos que estaban haciendo los tigres; pero apenas lo creia. Ahora que puedo presenciarlo veo que la fama es menos que la realidad.

Estuve hace poco en un pueblo en que hay cinco tigres que recorren juntos día y noche aquellos alrededores. Dicho pueblo tenia campos de maíz ya maduro, y tuvo que abandonarlo por miedo á los tigres que diariamente comparecian. Compadecido de sus pobres moradores, mandé preparar lanzas y cuchillos, y despues de disparar algunos tiros ordené que fué un catequista al frente de aquella gente armada con sus lanzas, y así pudieron recoger el maíz.

En otro pueblo, parte cristiano y parte infiel, siete personas fueron devoradas por los tigres en solos cinco dias.

En Abril pasado iban juntos dos cristianos, cuando á eso de media tarde un tigre se lanzó sobre uno de ellos y lo introdujo en el bosque, dejando á una esposa viuda y pobre con una niña de tres años. Veintiun dias despues, cavando dicha viuda en la huerta en compañía de otras tres mujeres, de repente saltó un tigre de entre las cañas y se llevó á la infeliz viuda, por lo que tuve yo que recoger á la niña y darla á criar á una cristiana de este pueblo.

El día de Ceniza de este año fué tambien arrebatada por uno de esos feroces animales una jóven cristiana de 15 á 16 años que estaba fregando los platos en el patio de la casa. Ayer mismo forzó la puerta de un cristiano, rompiendo dos postes que habia detrás de ella para correr tres palancas que la defendian, y luego agarró por la region lumbar al amo de la casa que estaba durmiendo. En fin, me haria interminable si hubiera de referir todas las desgracias y estragos que los tigres están

causando. Los habitantes de los pueblos cercanos á los bosques han tenido que abandonar los campos contiguos, y para poder labrar la tierra tienen que estar vigilando siempre. Hace poco más de un mes, estaba uno arando y habia tres centinelas con lanzas; pero habiéndose reunido todos por un instante al rededor de la pipa para fumar, saltó un tigre de repente y se llevó á uno de ellos.

Es indecible el horror que causa la presencia de esa fiera; y por más ánimos que uno tenga, al verle vivo, parece que se cuaja la sangre y queda uno yerto. Sin embargo, sea por lo habituados que están ya los naturales á encontrarle, ó más bien por su poca aprension y ménos reflexion, le acometen y con frecuencia le matan sin más armas que sus lanzas y cuchillos. Hace poco me regalaron un tigre colosal, pues tiene más de 2 metros de largo, y dicen por aquí que es el mayor que vieron. Pues bien, á pesar del horror que causaria tan tiemenda fiera, un solo cristiano la acometió lanza en ristre, y de una lanzada la derribó en el pozo en que estaba bebiendo. Al arrancarle la piel ví que tenia en el vientre huesos de las patas de un cerdo, alguno de un palmo de largo, y además las pezuñas, todo sin triturar.

A cada paso se oye que han muerto á un tigre, y matarian muchísimos más si no fuera por la estúpida á la vez que cruel é inhumana supersticion de los mandarines, que al oír que alguno ha muerto á un tigre, le llaman y le dan 30 azotes, quedándose el mandarin con el tigre. La razon de este modo de obrar tan contra el sentido comun es porque el tigre, dicen ellos, es el rey de los bosques, y aunque en cuanto nócivo á la humanidad se le debe perseguir, sin embargo, como rey que es de los bosques, se le debe respetar.

Hay cerca de aquí una gran prefectura, ó sea Phu, bien amurallada y con más de 100 soldados de guarnicion, y hace tiempo que un tigre penetra allí casi todos los días, no quedando ya apenas cerdos dentro; y sin embargo el mandarin, *por respeto*, prohibió le persiguiesen, encargándose él mismo de despedirle por medio de los sacrificios y adoraciones que está haciendo desde que apareció por allí tan hambriento y temible dios.

Y ya que sin pensarlo he empezado á hablar de esto, diré que en esta provincia abundan más que en ninguna otra, á causa de sus inmensos bosques, toda clase de animales, especialmente de la clase de los mamíferos y de las aves, probablemente desconocidos muchos de ellos en Europa. Muchos habrá tambien desconocidos y raros para mí solamente, y no para los naturalistas.

Uno de los animales que más abundan aquí es el ciervo comun ó venado, de tamaño extraordinario. El otro día me regalaron uno que desde la extremidad de una cuerna á la otra tenia más de 8 decímetros. Los corzos tambien abundan muchísimo, en tal grado, que apenas hay día que no se vean bandadas, tanto de venados como de corzos, que en número de 10, 15 ó 20 bajan por estos campos.

Son tambien muy comunes aquí cinco especies de animalitos, una especie algo mayor que el gato, y otras cuatro más pequeñas, pero más largas; de los que tres especies tienen en la parte inferior del vientre, cerca de la cola, una bolsita con almizcle, usado aquí para medicinas.

Las perdices abundan tanto como el *Martin triste* en Manila, y en nada se diferencian de las de Europa. Aquí tienen habilidad especial para cogerlas por medio de reclamo, pues hay persona que coge 20 en un día; así es que van muy baratas, pues venden 5 por una ligadura, ó sea por una peseta, que vale lo mismo.

Hay tambien bosques en que abundan muchísimo el pavo real y el loro, y tanto á unos como á otros con frecuencia se les ve volar en grandes bandadas. La oropéndola es tambien muy comun. Otras especies hay de toda clase de pájaros, de muy bellos colores; pero no tengo tiempo para hablar de todo.

Dirigiéndose de aquí hácia el Norte, despues de tres horas y media, se llega á un rio llamado en los mapas franceses Rio-claro, y realmente desde que salí de Asturias no ví ningun rio tan claro. Está lleno de piedras y peñascos, y va por entre montes. A la otra parte del rio tengo tres ó cuatro cristiandades, así es que á cada paso tengo que atravesarle. Desde estas cristiandades, subiendo corriente arriba, á las dos ó tres horas se acaban los pueblos, penetrando el rio por medio de montes y bosques inmensos frecuentados solamente por los tigres.

Por la falda de dichos montes se encuentra infinidad de gente de todas las provincias, que suben por aquí á cortar madera para construcciones, y la conducen en grandes balsas por el rio á las demás provincias.

En estos bosques hay toda clase de madera, habiéndome llamado la atencion una especie de avellano enorme, cuyo tronco tiene muchas veces cerca de un metro de diámetro.

El año próximo, Dios mediante, pienso subir por la provincia de Lang-Son, en la que no hay todavía ningun cristiano, ni ha estado jamás misionero alguno. La gente de aquella provincia parece muy sencilla y montaraz, pero las aguas allí son mortíferas y venenosas. Cuando suba allá podré dar más noticias.

En cuanto al movimiento religioso, se notan en estas gentes muy buenas disposiciones; sin embargo, desde que subí á este partido solamente he bautizado á 19 adultos.

Este partido es el tercero que cuido desde que llegué al Tong-king, y solamente en el primero noté un movimiento religioso sorprendente, aumentándose en cinco las cristiandades mientras permanecí en él.

En los dos años que administré á Hai-phaong sólo bauticé á tres ó cuatro familias, que en verdad me dieron bastante que hacer, pues dos de ellas eran de la familia principal del pueblo, y los parientes se opusieron tenazmente, no dejando piedra por mover para amedrentarlos y retraerlos de su santo propósito. Viendo, empero, que permanecían firmes, amarraron á los de una familia, hicieron trizas el libro del rezo, los llenaron de golpes, y consiguieron que el mandarin enviase soldados que los llevaran presos con la canga al cuello. Viendo yo que tales desacatos se hacian, no sólo en mi presencia, sino, lo que es más grave aún, cerca de la casa del cónsul francés, y no consiguiendo nada de los mandarines, acudí al cónsul, que inmediatamente se quejó y amenazó severamente al mandarin director de la aduana de Hai-phaong. Este á su vez, lleno de miedo, escribió á raja tabla al mandarin cómplice de tales desacatos para

que se presentase á mi y arreglara dicho asunto á mi gusto. El pobre mandarin se presentó como una oveja, me pidió perdon, y castigó á los demás cómplices; por lo que éstos, humillados, no se atrevieron á molestar más, triunfando entre tanto el nombre de la religion y quedando los neófitos alegres y fortalecidos.

Poca esperanza hay, sin embargo, de que progrese por allí nuestra santa religion, pues los escándalos de los europeos horrorizan á estos pueblos, que, infieles como son, no están acostumbrados á perpetrar ni presenciar tales desórdenes.

El domingo de Quincuagésima salí de aquí para hacer la administracion anual, la que concluí dos semanas despues de Pascua, período largo y al parecer cansado, máxime si se tiene en cuenta que todos los dias empleaba 6, 7 y 8 horas en el confesonario, pasando de 2,000 las confesiones oídas en esos dos meses.

De las 18 cristiandades que tiene este distrito, sólo dos están aún sin iglesia, de las cuales una es un pueblo nuevo, y aún no ha habido tiempo para construirla: la otra no puede á causa de su extremada pobreza. Ese pueblo es uno de los dos que se hallan entre los bosques, y en el que el tigre cogió á marido y mujer, segun referí antes. Como todos los pueblos infieles de estos alrededores están llenos de cristianos de varios distritos inundados, pienso dentro de dos meses fundar una cristiandad nueva en un gran campo abandonado y muy á propósito. Me costará bastantes chapecas, porque, como los cristianos son pobres y huérfanos, tendré que hacerles casas, comprarles carabaos ó bueyes; y como está tambien cerca de los bosques, hay que elevar murallas de más de tres metros de altura para defenderse de los tigres y de los ladrones. Fundado que sea dicho pueblo, traeré á él á los cristianos del pueblo pobre de que acabo de hablar.

COREA.

(DIARIO DEL RDO. ROBERT).

V.

12 de Junio de 1878.

Hemos entrado en el verano. Hace ya cinco meses que comenzó la persecucion con el arresto del Ilmo. Ridel, que continúa preso. Los satélites enviados contra nosotros han vuelto á Seul sin haber podido encontrar un solo misionero, alegando la excusa de que en el Sur de Corea los cristianos eran demasiado numerosos y que su prision haria imposible el cultivo del arroz. ¿Merecen crédito estas palabras que me han traído de Seul? No lo sé; no obstante, parece que han cesado las prisiones.

He enviado un correo en busca de mis dos discípulos con objeto de instruirles en este sitio donde creo estar seguro, si bien debo tomar muchas precauciones para no despertar sospechas entre los paganos.

Uno de estos dias estuve á pique de ser descubierto, hé aquí cómo. Falto enteramente de provisiones, envié dos cristianos para hacer algunas compras de arroz y mijo. Fuéron, pues, hasta seis leguas de mi residencia, y alquilaron tres bueyes para el transporte. Los paganos de la vecindad, que sólo viven de patatas, avena y na-

bos, viendo dirigir aquellas provisiones en direccion de la montaña de mi residencia, pusieron en conmocion. Reuniéronse, deliberaron, quejaronse, diciendo que habia venido á establecerse entre ellos una familia rica.

—Tal vez es un noble, añadieron algunos, y en este caso ¿qué será de nosotros? Siendo de condicion superior á la nuestra, nos mirará con desprecio, y acaso nos oprimirá.

En Corea los nobles y los ricos tienen el privilegio de vejar á sus inferiores. Aquellos paganos deliberaron algunos dias para resolver qué partido tomarian, y aún invitaron al intento á los pueblos vecinos. Habiendo ido mi fámulo á comprar nabos á unos paganos de las cercanías, enteróse de lo que ocurría y vino á decírmelo. Al punto envié dos cristianos para que tranquilizasen á aquella gente, cuidando empero de no comprometerlos, cosa bastante difícil con motivo de las supersticiones á que se entregan en ciertas épocas del año y á las cuales todos los de un mismo pueblo deben contribuir con dinero.

Partieron mis cristianos, y despues de mucho deliberar lograron satisfacer á todos, conviniendo en pagar anualmente doce ligaduras de impuesto. En cuanto al dinero de las supersticiones, negáronse rotundamente á satisfacerlo, haciendo observar que á causa de la larga distancia que les separaba del pueblo, preferían vivir solos y hacer todo lo que el corazon les sugiriese para seguir las huellas de sus antepasados. Porfió mucho un pagano para que todos de comun acuerdo hiciesen sacrificios á sus padres difuntos y al genio de la montaña; pero persistiendo mis cristianos en su negativa, un respetable pagano añadió que en lo referente á las cosas materiales podía obligarse á obrar de un modo uniforme, más tratándose del culto de los antepasados y del dios de la montaña no podía violentarse á nadie y cada cual era libre de hacer todo lo que le inspirasen su piedad filial y su amor á la divinidad.

—Así, pues, concluyó diciendo, ya que esos nuevos vecinos se avienen á pagar como nosotros los impuestos al mandarin y á nuestro pueblo, son perfectamente libres para hacer lo que gusten tocante lo demás, y debemos dejarles tranquilos.

Al día siguiente, habiendo oído decir otros dos paganos que se habia establecido allí cerca una familia rica, vinieron á mi casa á punta de día mientras yo celebraba la Misa. Puedo decir que mi perro me salvó. Al punto salió mi fámulo para recibir á dichos huéspedes importunos, los introdujo en una barraca inmediata que yo habia hecho construir para prevenir cualquier accidente, y con buenas palabras pudo entretenerles hasta el fin de la Misa, despues de la cual los cristianos se retiraron sigilosamente, cerraron mi puerta y marcháronse en actitud de recoger legumbres. Aquellos dos paganos habian venido á pedir prestado dinero, á lo cual dijo mi sirviente que habia traído consigo toda su fortuna, consistente en un centenar de ligaduras de chapecas, pero que obligado á comprar víveres y semillas de patatas, le quedaba muy poca cosa. Por último añadió:

—Haré que os den una taza de mijo, y despues de haber almorzado juntos, podréis tomar el camino de vuestra casa y dejarnos tranquilos en lo sucesivo.

Este pequeño incidente vino á distraernos en ocasion

en que me tenía intranquilo la falta de noticias de mis cristianos y de mis compañeros de Mision.

El correo que había enviado en busca del Rdo. Doucet regresó al fin con una carta suya, la primera desde el comienzo de la persecucion. Obligado á ocultarse despues de haber administrado la cristiandad de K****, el Rdo. Doucet se había retirado á una barraca, en la vertiente de una montaña, en donde pasó mucha miseria. Había tambien pasado una noche en una caverna, en pleno mes de Febrero. Como estaba inseguro en su escondite y no había para él más refugio que las cristiandades de P* ó de K*, á 500 *lis* de dicho punto, le invité á juntárame en una de esas dos cristiandades para poder confesarnos. Contestóme que le era imposible recorrer dicha distancia en país pagano y satisfacer por el momento el vivo deseo que tambien él tenía de confesarse. Tuve, pues, que resignarme á la voluntad de Dios y ofrecerle este sacrificio. El Rdo. Doucet, que había recibido el correo de China, me participaba que Rusia había vencido á

Turquía, que Víctor Manuel ya no existía y que Dios había llamado á sí al gran Pio IX. Estas son todas las noticias de Europa que he sabido en el transcurso de casi un año. ¿Qué hacen mis parientes, mi pobre padre, que con tanta generosidad ofreció á Dios al hijo á quien tiernamente amaba? ¿Y mi buena madre? ¡Ah! llora, está llorando á su hijo, á quien

cree perdido para siempre, cuando está lleno de vida y de salud. Pero, querida madre, ¿de qué os servirán tantas lágrimas derramadas sobre el que durante tan largo tiempo ha sido para vos el objeto de tantas penas? ¿No sería mejor que rogáseis por él, que tantas oraciones necesita? Muchas veces he mezclado mis lágrimas con las vuestras, pesaroso, no de haberos dejado, sino de haberos amado tan poco mientras viví á vuestro lado.

Al regresar el correo que había expedido al Rdo. Doucet, envié mi doméstico á buscar á mis dos discípulos, uno cerca de Seul, y el otro en P... en casa de su hermano; pero á ninguno de los dos encontró. El segundo había partido con uno de sus parientes para establecerse á 800 *lis* más lejos, en los confines de la provincia de K... No queriendo que este muchacho pasase el verano en medio de los paganos, envié mi doméstico en su busca, ordenándole que no volviera sino con él.

En esto recibí un correo del Rdo. Blanc, diciéndome

que acortase la distancia que me separaba del Rdo. Doucet á fin de tener ocasion de auxiliarnos. Tres cristianos partieron inmediatamente en busca de mi compañero de Mision, á quien hice preparar una casa en una de mis cristiandades, á 100 *lis* solamente de mi morada. Envié al Rdo. Blanc, conforme me pedia, mi breviario y dos botellas de vino para la misa, pues lo había perdido todo cuando fué preso el Ilmo. Ridel. En fin, me recomendaba mi compañero especiales rogativas por la libertad de nuestro Vicario apostólico y por el término de la persecucion.

En estos seis meses he procurado aprovechar el tiempo. Además de administrar mis dos cristiandades, he aprendido un poco la lengua coreana, algunos caracteres chinos, y sobre todo la manera de vivir de los cristianos y de los paganos. Al principio de la persecucion, joven y sin experiencia, veíame obligado á seguir el dictámen de los catequistas y de mi fámulo, muchas veces con perjuicio mio. Abusando de mi ignorancia de los usos

de Corea, no me escuchaban. Al saber el arresto del Ilmo. Ridel quise quedarme en mi residencia de K...

En la que de fijo no entraron los satélites; pero los cristianos me refirieron una porcion de historias para probarme que mi posicion no era segura. Diré de paso que los coreanos son muy miedosos. Apenas se pronuncia la palabra persecu-

cion, se la repiten unos á otros y se preparan á huir á la menor alarma. Ahora que les conozco, si continúa la persecucion, estoy decidido á no huir sino en caso de inminente peligro. Espero al Rdo. Doucet, y apenas llegue á la cristiandad de K** iré á reunirme con él.

10 de Julio.

El Ilmo. Ridel partió para China el 11 de Junio. ¡Oh dicha! Es la primera vez que se procede así en Corea, contra la ley que condena á muerte á todo extranjero que se encuentre en el reino. Nuestro Vicario apostólico ha sido puesto en libertad por orden formal del emperador de China, y por cierto que antes los coreanos se preocupaban muy poco del vecino Imperio cuando daban muerte á los misioneros. Esperemos, pues, que Dios se dignará al fin mirar con ojos de misericordia esta tierra de Corea, regada con la sangre de tantos mártires. Ahora que nuestro Padre y Pastor ha recobrado su liber-



COSTA DE ORO.—Fuerte de San Jorge en El-Mina. (Pág. 442).

tad, sólo nos resta á sus hijos dar gracias á Dios por tan gran beneficio y rogarle que toque el corazón del rey de Corea para que la luz del Evangelio brille pronto esplendorosa en este país.

El 29 de Junio partí en dirección de K*, á 100 *lis* de mi residencia. Hacia un calor tropical, y creí morir al trepar los altos picos de H... Sorprendíome un furioso temporal á un cuarto de hora de la cristiandad de M... á donde llegué calado hasta los huesos.

En K* encontré al Rdo. Doucet, á quien no había visto seis meses hacía. Echéme en sus brazos, y pronto olvidé las fatigas del viaje. Durante cinco días nos animamos mutuamente y resolvimos las pequeñas dificultades que habíamos encontrado en la administración de las cristiandades. Nuestro primer pensamiento fué hacer unos Ejercicios espirituales; pero como teníamos sobradas cosas que arreglar, los aplazamos para dentro mes y medio, en cuya época el Rdo. Doucet vendrá al fondo de estas montañas de H..., en donde podremos recogernos más fácilmente, pues aquí vivo como verdadero solitario, sin más distracción que el graznido de los cuervos y el grito de los ciervos. Fortificado por la gracia del sacramento de la Penitencia y por las exhortaciones de mi compañero, volví á tomar el camino de mi morada, á donde llegué el 6 de Julio por la noche.

30 de Setiembre.

El 14 de Julio llegaron mis dos discípulos, y me ocupé desde luego en enseñarles los rudimentos de la lengua latina, tarea muy difícil para mí como para ellos, pues no teníamos un solo libro. Púseme á escribir una pequeña gramática coreano-latina, muy incompleta, es verdad, pero suficiente para aprender las declinaciones y conjugaciones. He olvidado el orden y el encadenamiento de las reglas, y esto me impedirá pasar más adelante si el año próximo no vienen á Corea nuevos misioneros.

El 25 de este mes recibí del Rdo. Blanc orden de trasladar mi residencia á dos jornadas de Seul, y partí con toda mi gente hacia la cristiandad de K*..., esperando allí que me preparen en S..., á 200 *lis* (20 leguas) de la capital, una casa en la que iré á establecerme en la décima luna.

Estos días he administrado la cristiandad de K*..., habiéndome edificado grandemente el fervor de mis cristianos. La próxima semana partiré para ejercer mi ministerio en otras dos cristiandades, en las que confío sentir los mismos consuelos. Durante este tiempo dejaré mis alumnos en número de tres á un maestro chino que les enseñará la escritura y los caracteres coreanos. Mis compañeros de Misión no se dan punto de reposo, y su ministerio es fecundo en frutos de salvación. Los cristianos van engrosando poco á poco el redil, y esperamos que Dios ¡bendito sea! escuchará las oraciones de tantas almas fervorosas que se interesan por nuestra querida Misión y abrirá los ojos de los pobres coreanos á la luz del Evangelio.

La persecución, si no está extinguida, duerme al menos. Hace algunos meses han cesado los arrestos y sobre todo las vejaciones de los satélites. Todo está en calma, y dichos funcionarios hacen pesquisas contra los ladrones, muy numerosos en esta época. De los pobres cristianos detenidos al mismo tiempo que el Ilmo. Ridel quedan quince en las prisiones de Seul. Sin otro alimen-

to que dos cucharadas de arroz cada día, la mayor parte de ellos han muerto de hambre, algunos de enfermedad y otros, según se dice, de muerte violenta.

Termino aquí estos apuntes escritos en el fondo de mi retiro, sin otra mesa que mis rodillas y con una pluma que encontré en mi faltriquera, de modo que á duras penas podréis leerlos. Rogad por mí, que, como veis, muy necesarias me son vuestras oraciones para soportar los trabajos y fatigas de la vida apostólica.

A. ROBERT,
misionero apostólico de Corea.

COSTA DE ORO.

(AFRICA OCCIDENTAL).

La Misión de la Costa de Oro, erigida recientemente por la Santa Sede y confiada á la Sociedad de las Misiones africanas, de Lyon, está limitada al Este por el vicariato de la Costa de Benin, evangelizado por los sacerdotes de la misma Sociedad, y al Oeste por el vicariato de Sierra-Leona, ocupado por los misioneros del Espíritu Santo.

La siguiente carta del Rdo. Moreau, escrita desde El Mina el 23 de Mayo último, nos da interesantes pormenores sobre la toma de posesión de aquella Misión.

«El 18 de Mayo desembarcamos en este punto con nuestros bagajes, y fuimos admirablemente recibidos por el Sr. Brun, que había encontrado para nuestro alojamiento dos cuartos en una especie de fonda, y se puso á nuestra disposición. Todos los días hemos comido en su casa. También hemos encontrado al Sr. Bonnat, que ha venido aquí por negocios, y el próximo miércoles se propone regresar á sus minas de oro de Taquoi.

«Desde nuestra llegada hemos visitado á los antiguos jefes y á los principales habitantes de la ciudad, habiéndosenos recibido muy bien en todas partes. Todos tenían conocimiento de nuestra venida, y desean saber cuándo abriremos nuestra escuela. Ayer el jefe Acra Cocan nos preguntaba si enseñaríamos la lengua francesa, pues quiere enviarnos algunos de sus hijos para aprenderla, pudiendo por sí solo proporcionar un número suficiente de alumnos para una gran clase, puesto que el número de sus hijos llega á cincuenta.

«El idioma del país es el *fanti*, pero muchos habitantes comprenden el inglés. Hemos también encontrado un jefe que posee el portugués. El Sr. Bonnat, que se expresa en *fanti* como cualquier indígena, nos ha servido de introductor y de intérprete.

«Todo esto nos da esperanzas de que nuestro ministerio no será infructuoso en este país: la población nos es favorable, y solamente los wesleyanos se nos muestran hostiles. Según dicen, esta parte de la costa era católica durante la dominación portuguesa, de la cual existen todavía vestigios. En todas las casas que hemos visitado había imágenes, estatuas, pilas de agua bendita, etc. El viernes pasado hacían aquí una fiesta de santa María, y naturalmente había mucho fetichismo, tantam, danzas y otros abusos que nos será fácil corregir, restituyendo á su primitiva pureza esos restos de catolicismo.

«Por otra parte la Providencia parece haberlo dis-

puesto todo para el buen logro de nuestra obra. El simple hecho de habernos traído aquí un buque de guerra inglés no dejará de darnos cierto prestigio. Hemos visitado la ciudad con el capitán y los oficiales, y la gente se ha dicho desde luego: «Son amigos de la Reina, y les «ha hecho conducir en uno de sus buques.» Además les envanece mucho que hayamos venido á El-Mina y no á Cape-Coast.

«Otro hecho, tal vez el más importante de todos, es la repentina llegada del gobernador de la colonia, á quien hemos hecho una visita, recibiéndonos él con mucho agrado y mostrándose satisfecho de vernos establecidos aquí. Conoce nuestras Misiones del Dahomey, y según parece es poco amigo de los wesleyanos. Nos ha preguntado si pensábamos abrir una escuela, á lo cual he respondido afirmativamente, añadiendo que teníamos intención de fundar una especie de colonia agrícola para instruir á los niños en el cultivo de la tierra.

«—Esto, esto, nos ha dicho; formad hortelanos y jardineros, que buena falta nos hacen.

«—He visto en el *St-Helena Guardian*, le he contestado, que los pediais para la Costa de Oro.

«—Sí, pero nadie se presenta; de manera que he pedido me traigan algunos de China.

«—Mas para huertas se necesita terreno.

«—¿Terreno? os daré cuanto queráis.

«—¿Me daréis el que elija?

«—De fijo, si es posible.

«—¿Podriais cederme el jardín holandés?

«—Pertenece al Gobierno inglés, y no puedo disponer de él sin su consentimiento; pero extended una solicitud y os prometo apoyarla.

«Hacia una hora que conversábamos, y después de mostrarle nuestro profundo agradecimiento por su benevolencia, hemos salido muy complacidos.

«El jardín holandés ocupa magnífica posición en una pequeña prominencia al Sudeste de la ciudad, y dista unos 100 metros de la playa. Está plantado de árboles frutales, con paseos, canales, un hermoso estanque, y casi enteramente cerrado por paredes. Cuidábanlo con esmero los holandeses, pero los ingleses lo han tenido bastante olvidado desde que están aquí, y las yerbas crecen por todas partes. Tendríamos un jardín casi concluido y un regular espacio para edificar. Mañana extenderé una solicitud y la presentaré al gobernador.

«Vamos á estudiar inmediatamente la lengua indígena, para lo cual dicen que se necesitan seis meses. Cuando la sepamos podremos disponernos para avanzar y penetrar en el país de los Ashantes. Pronto necesitaremos el auxilio de nuevos compañeros, de las Hermanas y sobre todo de los Hermanos. El-Mina será el cuartel general en donde, mientras aprendan la lengua, podrán habituarse al sol del Africa. El clima parece bueno en comparación de lo que he oído decir del Dahomey...»

La ciudad de El-Mina, mitad europea, mitad africana, levántase al pie de una colina, detrás de un promontorio. Un majestuoso fuerte domina la ciudad y la protege contra las turbulentas poblaciones del interior. El-Mina es el primer punto de las costas de Guinea donde hace

algunos siglos se celebró el sacrificio de la Misa, como refiere J. de Barros, historiador portugués (1).

A principios del reinado de Juan II, rey de Portugal (1481), organizóse á las órdenes de D. Diego de Azambuja una expedición destinada á consolidar y proteger el comercio de la Guinea. Componíase de una escuadra de diez carabelas y dos transportes con 500 soldados y 200 obreros.

La flota portuguesa abordó en aquel punto de la costa, en donde había entonces una aldea habitada por negros. La existencia de minas de oro y la belleza del sitio movieron al jefe de la expedición á escogerlo con preferencia á cualquier otro, y decidió construir allí un fuerte.

El desembarco se hizo con toda la pompa posible. Los portugueses se dirigieron al pueblo indígena y enarbolaron en la cima de un gran árbol el estandarte Real, y á su sombra levantaron un altar para la celebración del santo Sacrificio, rogando á Dios por la conversión de los salvajes y por la prosperidad de la colonia cristiana que iban á fundar.

Supieron vencer la oposición de los jefes indígenas por medio de presentes y lograron llevar su empresa á buen fin. El proyectado fuerte fué construido á toda prisa y llamado de San Jorge, y el Rey de Portugal envió toda la piedra necesaria para la construcción de dicha ciudadela, que debía ser, según su piadoso intento, «como la primera piedra de la Iglesia oriental que deseaba edificar en honra y gloria de Dios.»

Ciento cincuenta años más tarde, en 1632, los holandeses se apoderaron de El-Mina y la conservaron hasta 1870, en que los ingleses compraron á la Holanda los establecimientos que poseía en la Costa de Oro. Desde dicho año de 1632 parece que no hubo en aquel país sacerdote alguno católico.

La Costa de Oro ó de la Mina (*da Mina*), según la antigua expresión portuguesa, se divide en dos partes muy distintas: el litoral bajo el protectorado inglés, y las comarcas del interior, de las cuales el reino de Ashanti ocupa el solo una inmensa superficie. Cuéntanse únicamente 400,000 almas en el territorio del protectorado, mientras en los del interior se cuentan por millones. Los misioneros protestantes poseen allí numerosos establecimientos.

ÁFRICA CENTRAL.

XII.

Apenas el Ilmo. Comboni hubo tomado posesión del Vicariato, dedicóse á consolidar las dos principales estaciones de Khartum y El-Obeid. La primera es la base de operaciones y el centro de comunicaciones para llevar la fe y la civilización á todos los reinos y tribus de la parte oriental del Vicariato y á las tribus limítrofes de la Abisinia y de los Gallas hasta la otra parte del ecuador y de los orígenes del Nilo. La segunda es también el punto de apoyo y el centro de comunicaciones para evangelizar los vastos reinos y las tribus que forman la parte central y occidental del Vicariato.

(1) De Barros había sido, bajo el reinado de Juan III, gobernador general de los establecimientos portugueses en la costa de Guinea, y después tesorero é intendente general de las colonias.

La oposicion de los misioneros al tráfico negrero les ha creado grandes obstáculos por parte del Gobierno. Aunque alguno de los gobernadores generales de las posesiones egipcias del Sudan se ha mostrado enemigo de la esclavitud, sus buenos deseos no han sido secundados por las poblaciones de su mando, por los mercaderes árabes y por los gobernadores musulmanes, que reportan no escaso provecho de aquel abominable tráfico. Para que desaparezca tan horrible plaga, es absolutamente necesario predicar á aquellos pueblos la doctrina católica, que proclama la igualdad cristiana del esclavo y del hombre libre.

El 19 de Diciembre de 1875, despues de bautizar solemnemente algunos adultos, el Provicario apostólico salió de El-Obeid en compañía de su secretario, Rdo. Pablo Rossi, y de otras personas para visitar la estacion de Berber. Montados sobre diez camellos, penetraron en el desierto y cruzaron las cordilleras que separan el Nilo del mar Rojo, admirando á su paso bosques petrificados y piedras de granito y de alabastro oriental. Transcurridos catorce dias de viaje llegaron á Suakim, cerca del mar Rojo, en donde el Ilmo. Comboni celebró misa, la primera tal vez que desde trece siglos atrás se haya celebrado segun el rito católico en aquellas risueñas playas de la Nubia. Despues de visitar á los cristianos de todo rito, embarcóse con sus compañeros en un buque del Gobierno egipcio, que en cuatro dias les trasladó á Suez, y dos dias despues llegaron sanos y salvos al Gran Cairo.

El comendador Ceschini, agente diplomático y cónsul general de Austria cerca del Khedive, representó con tal acierto al Virey de Egipto la necesidad de fundar en el Cairo dos establecimientos para que pudiesen aclimatarse los misioneros y las Hermanas destinadas al apostolado del Africa central, que el Khedive cedió gratuitamente al Ilmo. Comboni, en el barrio Ismaelieh, un terreno que valia 43,000 pesetas. En aquel sitio, uno de los mejor situados de la capital, empezó á construir el Provicario apostólico dos edificios, y en Julio de 1876, terminadas las obras más precisas, instaláronse en uno de ellos los misioneros del Instituto de Verona, y en el otro las religiosas de San José de la Aparicion, quienes residian desde 1867 en casas alquiladas.

Por invitacion del cardenal Franchi, prefecto de la Propaganda, el Ilmo. Comboni partió para Roma. Pio IX aprobó y confirmó un decreto de la Sagrada Congregacion nombrando al Provicario apostólico obispo de Claudiópolis *in partibus* y vicario apostólico del Africa central. La ceremonia de la consagracion se verificó el 12 de Agosto de 1877 en la iglesai de la Propaganda, siendo el prelado consagrante el mismo cardenal Franchi, asistido del Ilmo. Bianchi, arzobispo de Mira y actual Nuncio de Leon XIII en España, y del Ilmo. Folicaldi, obispo de Amata *in partibus*.

Durante la ausencia del Ilmo. Comboni los misioneros del Africa central convirtieron á muchos paganos. Uno de los proyectos de S. I. era educar léjos de los musulmanes, con cuyo contacto corrian peligro de perder la fe, los negros convertidos. Conformes con este pensamiento, los misioneros fundaron en la llanura de Malbes, provista de agua y de terrenos laborables, una colonia de neófitos instruidos en los establecimientos del

Kordofan. La colonia de Malbes ofrece además el medio de enseñar á los neófitos la agricultura y diversos oficios, y sirve de hospital á los enfermos de la Mision del Kordofan. Esta colonia crece de dia en dia, y pronto formará, bajo la direccion de los misioneros y de las religiosas, una ciudad toda poblada por indígenas católicos.

A idénticos fines obedece la creacion de otras colonias para negros convertidos, que se irán formando en todas las Misiones del Vicariato en las que domina el islamismo.

El Ilmo. Comboni partió para su Vicariato á últimos de 1877. Detúvose en el Cairo para organizar una caravana de misioneros, y el 21 de Enero de 1878 embarcóse para Assuan, frontera del Egipto, en donde se halla la primera catarata del Nilo. El 17 de Febrero, dia en que partió de Siut, S. I. escribia cuánto le habian hecho sufrir los vientos contrarios. Otra carta fechada en Luqsor el 28 de Febrero comunicaba la extrema lentitud del viaje á causa de la rareza de vientos favorables. El mismo dia S. I. esperaba partir para Assuan. Noticias posteriores anunciaban la llegada de la caravana á Korosko. A consecuencia de la falta casi absoluta de víveres para los animales, los camellos eran muy escasos, y á pesar de numerosas recomendaciones, sólo consiguió el Ilmo. Comboni encontrar, no sin gran trabajo y á subidísimo precio, cincuenta flacos y débiles, cuando se necesitaban ciento para el transporte de la caravana. Así es que debió quedar interinamente en Corosco una parte de los bagajes y provisiones. La caravana llegó con toda felicidad á Berber el 31 de Marzo.

Hacia siete meses que habia podido continuarse la interrumpida Mision de Gebel-Nubas, reinstalándose en ella el Rdo. Luis Bonomi, su antiguo superior.

ÁFRICA ECUATORIAL.

Al dejar el Ugogo despues de la muerte del malogrado P. Pascal, los misioneros que se dirigian á los lagos Nyanza y Tanganika habian atravesado las mayores dificultades de su largo y penoso viaje. Las fatigas y los peligros que tuvieron que afrontar habian sido considerables, y todos habian pagado tributo á las terribles fiebres del pais. A fines de Octubre llegaron al Unyanyembé despues de ciento cincuenta dias de camino. Su viaje habia sido retardado por las exigencias, cada vez mayores, de los reyezuelos negros del interior, que reclaman hoy derechos de pasaje tres ó cuatro veces más crecidos que en otro tiempo, resultado de la prodigalidad de los ministros protestantes y de algunos otros viajeros que, ricamente abastecidos por las Sociedades que les protegen, han dado, sin calcular, todo lo que se les pedia y aún más. Los misioneros tuvieron que pagar tributos exagerados casi en cada pueblo del Ugogo. Deseosos de permanecer fieles á su mision de paz, prohibieron á los negros de su caravana emplear la violencia para atravesar los pasos que se les amenazaba cerrar, y prefirieron pagar caro el derecho de continuar su camino á exponerse á derramar sangre humana. Así llegaron, casi desprovistos de todo, á los confines de aquel inhospitalario pais, debiendo esperar en el Unyanyembé hasta haber podido abastecerse de lo necesario para continuar el viaje. Felizmente el Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel, habia abierto en favor de ellos un nuevo crédito de 100,000 francos en casa Mr. Greffuhle, corresponsal de la casa Roux y Fraissinet de Marsella en Zanzibar. Por su parte, dicho señor habia enviado un expreso á varios mercaderes indígenas del interior que mantienen relaciones con él para que proporcionasen lo necesario á los misioneros. El P. Livinhac, superior de los que se dirigian á los lagos Alberto-Nyanza y Victoria-Nyanza, despues de haber reunido provisiones en

Kuhiara para la segunda mitad de su viaje, dejó el Unyanyembé en los primeros días de Noviembre.

Poco antes de su partida había llegado al mismo sitio el malogrado explorador Rdo. Debaize, que también había tenido que correr graves peligros y sufrir duras privaciones. Abandonado de casi todos sus bagajeros, habíase visto obligado á renovarlos en su mayor parte. Resuelto á seguir rápidamente su viaje, avinose á pagar precios tan subidos para tomar en Tabora y en Kuhiara *pagaçis* nuevos á fin de ganar el Ujiji y el lago Tanganika, que los misioneros de Argel que debían seguir el mismo camino, no queriendo sufrir las mismas exigencias, dejéronle tomar la delantera. El Rdo. Debaize dejó, pues, Tabora el 26 de Noviembre, y ocho días después partieron los PP. Delaunay, Dromeaux, Deniaud y Augier.

Un mes antes, como ya hemos dicho, partieron para su destino los misioneros que bajo la dirección del P. Livinhac se dirigían á los lagos Nyanza, dejándonos escrita la siguiente relación de su viaje:

Kuhiara, Octubre-Noviembre de 1878.—Hemos comprado á los árabes de Tabora las telas que necesitamos para proseguir nuestro viaje, y acudiendo á Abdallah-ben-Nossib, gobernador de la colonia, en demanda de un hombre capaz de proporcionarnos *pagaçis* y de conducir nuestra caravana hasta Ussukuma, á orillas del Nyanza, nos ha traído un viejo envuelto en mugrienta tela. Su mirada indecisa y su maligno sonris distan mucho de inspirarnos confianza. Decimos á Abdallah que deseamos un hombre con quien podamos contar, y él comienza á ensalzarnos hasta las nubes á Anamri (nombre del personaje en cuestión).

—Podría, nos ha dicho al fin, encontraros un guía de exterior más brillante, pero tal vez os sería traidor. Anamri os prestará los mayores servicios y os será siempre fiel.

Esto quería decir simplemente que no tenía otro hombre que proporcionarnos. Como sabíamos muy bien que ningún habitante de Tabora se pondría á nuestro servicio contra la voluntad del gobernador, hemos aceptado al viejo Anamri, quien ha prometido encontrarnos bagajeros en el más breve plazo. Sin fiar mucho en su promesa, hemos tomado desde luego todas las medidas necesarias para la organización de nuestra caravana.

El domingo 27 de Octubre contratábamos los primeros *pagaçis*, y el domingo 10 de Noviembre la lista estaba casi completa. Al día siguiente los PP. Livinhac y Barbot saldrían de Kuhiara con los *pagaçis* y algunos *asharis* ó soldados para acampar junto al camino del Nyanza, en el pueblo de Kuikuru, residencia de un sultán unyamuezi (1).

Antes de la marcha definitiva es necesario organizar un campo en donde se reúnan los *pagaçis*. El P. Girault continuará buscando bagajeros y nos los enviará.

Lunes, 11 de Noviembre.—Llueve copiosamente. Los *pagaçis* no vienen, y aplazamos nuestra partida para mañana.

Martes, 12.—Nos disponemos á partir. Vamos á despedirnos del presbítero Debaize, que nos ha mostrado mucha benevolencia durante nuestra permanencia en Kuhiara. El P. Girault distribuye los paquetes á los *pagaçis*.

Dispuesto ya todo para la marcha damos el «á Dios» á nuestros hermanos de la Misión del Ujiji, y á las tres de la madrugada tomamos el camino de Kuikuru.

Nuestros *asharis* disparan sus fusiles para celebrar la partida.

(1) Con este nombre de Kuikuru se designa siempre el pueblo habitado por el sultán ó *mtemi*.

Ponemos este nuevo viaje bajo la protección de la adorable Trinidad, haciendo la señal de la cruz, dichosos por poder encaminarnos á las regiones que debemos conquistar para Jesucristo.

Nuestros *pagaçis* marchan á paso más que regular. Por espacio de media hora nos dirigimos hacia el Norte, y ladeándonos luego hacia el Noreste, dejamos Tabora á la izquierda y llegamos á Kuikuru á las cinco. Esta es una gran población fortificada, á la manera del país, por un cercado de cierta especie de barro y por una empalizada de largas estacas. El sultán de este lugar reside ahora en casa del gobernador del Unyanyembé.

Por disposición del sultán se nos han reservado dos compartimientos del *tembé*, pero ninguno de los dos es bastante capaz para contener nuestros bagajes. Ponemos en el más decente los bultos que contienen nuestras telas, y acomodamos allí nuestras camas, amontonando nuestras cajas é instalando la cocina en el otro. La humareda que viene de los compartimientos vecinos hace inhabitable nuestro oscuro albergue.

Miércoles, 13.—El P. Girault envía al campo quince bagajeros, y podemos procurarnos fácilmente buena leche.

Jueves, 14.—Multitud de *pagaçis* vienen á juntárenos. ¡Sea Dios bendito! Confiamos dejar pronto á nuestras espaldas el Unyamuezi.

Viernes, 15.—Retrocedo á Kuhiara (habla el P. Livinhac), dejando el campo bajo la custodia del P. Barbot. El P. Lourdel y el H. Amancio están menos débiles que á su partida. Los PP. Delaunay y Dromeaux han perdido sus fuerzas.

Queda completo el número de nuestros *pagaçis*. Mis compañeros de la Misión del Nyanza se apresuran á terminar sus preparativos de marcha. El Rdo. Debaize, que fué ayer á organizar su campo, debe volver esta mañana á Kuhiara.

Voy á despedirme de Cheik-ben-Nossib, hermano de Abdallah-ben-Nossib. Repítase mil veces amigo nuestro, nos desea feliz viaje, y promete enviarnos al Uganda las telas y demás mercancías que necesitaremos.

De allí me dirijo al encuentro del Rdo. Debaize; nos deseamos mutuamente buen viaje y nos despedimos hasta más ver, no sin cierta emoción (1). Voy luego á reunirme con mis compañeros, y después de pasar con ellos algunas horas doy á los de la Misión del Ujiji el beso de despedida y regreso al campo con el corazón oprimido... ¡Pobres hermanos míos! acaso no les veré ya más hasta la verdadera patria.

Sábado, 16.—El P. Barbot va á despedirse de los misioneros del Ujiji. A las diez llega al campo el P. Lourdel con el resto de los bagajes. El P. Girault forma la retaguardia con el H. Amancio. Damos orden para que nuestros *pagaçis* y *asharis* se dirijan al campo el día de mañana para que podamos partir al amanecer del lunes. El P. Barbot viene á juntárenos por la noche, y nos consideramos felices al vernos reunidos y á punto de emprender el viaje hacia nuestra querida Misión.

Domingo, 17.—Hemos celebrado la santa misa antes de la aurora. Nos proponemos hacer lo mismo durante todo el viaje para librarnos del tumulto que nos rodeará desde que amanezca.

(1) V. *Africa ecuatorial*, pág. 94.

A las tres ha caído á torrentes la lluvia, inundando nuestra tienda; pero cambia el tiempo despues de hora y media.

A las siete llega al campo el P. Deniaud, deseoso de acompañarnos hasta Uyuy para ver á Said-ben-Selim, antiguo gobernador del Unyanyembé, y preguntarle si podría proporcionarle bagajeros para el Ujiji.

Lunes, 18.—Nos levantamos muy de mañana y nos preparamos para la marcha. El P. Deniaud no nos acompañará hasta Uyuy, y regresará á Kuihara.

Muchos *pagaizis* no han llegado todavía, y son ya las nueve menos cuarto cuando podemos dar la señal de partir. Los PP. Barbot y Lourdel con el H. Amancio preceden á la caravana, y el P. Girault conmigo vamos detrás con algunos *askaris*, entre ellos Mugni-Pembé, encargado de transmitir nuestras órdenes al resto de nuestra gente.

Mugni-Pembé acompañó á Stanley en su último viaje. Quedámos contentos de él durante la primera parte del nuestro; y sin tener el título de capitán, será nuestro hombre de confianza.

La caravana marcha en muy buen orden, y despues de hora y media llega al pueblo de Machiama, en el cual debemos acampar. Ponemos nuestros paquetes al abrigo de la lluvia en una especie de tinglado. Los Padres Barbot y Lourdel con el H. Amancio se cobijan bajo la tienda. El P. Girault y yo nos instalamos en dos miserables compartimientos del *tembé*. Sólo tenemos servible una tienda comprada en Marsella: otra hecha en Zanzibar no puede ya ser habitada.

Enviamos á Mugni-Tembé á Tabora en busca de algunos rezagados, y vuelve al anoecer con dos de ellos. Un *askari* me trae una gruesa raíz, á la que atribuye las propiedades del jabon. Para cerciorarme, le entrego un pantalon blanco para que lo lave, y me lo devuelve muy limpio. Se me hace observar que esta raíz quita la grasa, pero gasta la ropa.

Por la noche nuestros *pagaizis* se entregan á una danza frenética, y me pregunto cómo, despues de semejante ejercicio, podrán hacer la larga etapa de mañana.

ÁFRICA AUSTRAL.

(Continuacion. — Pág. 423).

Las noticias suministradas por nuestros misioneros respecto de Khama y de su hermano debieron producir en el ánimo de nuestros lectores un vivo interés hácia estos dos personajes. Preciso es confesar que obraron con dignidad y nobleza, y donde no se manifestaron dispuestos á aceptar las apostólicas tareas de los misioneros, diéronles pruebas de generosidad. El Rey manifestó gran disgusto al saber que habian sido en alguna manera molestados por gentes insensatas, y apenas tuvo noticia que tres de sus criados negros se habian escapado, puso al punto en conocimiento de los Padres que aquellos tres desertores serian inmediatamente expulsados de la ciudad. Además, su hermano no sólo vendió á los Padres gran número de soberbios bueyes, de que tenian mucha necesidad, sino que se dignó ir á visitarles á su alojamiento, estrechándoles amistosamente la mano.

Entre tanto, los misioneros dejaban á Shoshong con el corazon angustiado. Contra toda esperanza, habian confiado establecerse allí, formando tales proyectos que se vieron fracasados con tanta mayor pena cuanto más agradablemente habian sido concebidos. Debian, pues, renunciar á la esperanza de trabajar entre la gran tribu de los Betchuanos, pero confiaban en Dios que no consentiria que fuesen infructuosos sus sacrificios; y animosamente resolvieron marchar adelante y valerse de toda clase de medios para conseguir que se les admitiese en la poderosa tribu de los Matabeles, cuya capital, llamada Gubulawayo, distaba de donde se encontraban cerca de 250 millas al Noreste. Así, pues, se preparaban para la parte más arriesgada de su viaje. Se ha dicho que la mejor fortaleza con que cuentan los Bamangwatos para defenderse de las correrías de los Matabeles, es la condicion inhospitalaria del país que de ellos les separa. En la estacion lluviosa las corrientes son harto violentas y no se pueden atravesar, al paso que en la estacion seca no se encuentra allí agua suficiente para un ejército; antes bien, en algunos sitios, ni aún basta para apagar la sed de un solo hombre, si no se quiere sacarla de una gran profundidad en el árido lecho de la corriente. Las quebradas gargantas que conducen al exterior de Shoshong, á corta distancia de esta ciudad, desembocan en una vasta llanura rica de vegetacion y matizada de flores en la estacion lluviosa; pero en la época en que los Padres la cruzaban no ofrecia á la vista más que un árido campo de yerbas tostadas, de secos céspedes y arenales.

Era el 28 de Julio cuando los misioneros emprendieron su viaje. La fiesta de su santo Fundador (31 de Julio) los encontró junto al rio Makalapsie. Celebróse el santo sacrificio de la misa bajo una pequeña tienda que sólo cobijaba al sacerdote y al que le ayudaba. Todo el ornato para aquella festividad reduciase, segun costumbre, al estandarte del sagrado Corazon de Jesús y á la imagen del Crucifijo. No habia allí un órgano que hiciese resonar sus melodías, ni lámparas pendientes de las paredes, porque aquel desierto no ofrecia ornamentos semejantes; y, no obstante, su corazon rebosaba alegría. Hallábase expuesto el Santísimo Sacramento en el altar, y ellos esperaban confiadamente que su santo Fundador les dirigiria una mirada benévola desde el cielo, y les seria propicio para la Mision á que les habia enviado.

Junto al rio Tauani encontraron un manantial de agua cristalina que habia resistido á los rayos solares de la estacion seca; pero el rio Seribe estaba seco.

Los Padres llegaron el 6 de Agosto por la mañana á Pelatscie, donde encontraron buen agua, de la cual desde el dia 2, cuando dejaron á Tauani, no habian podido hacer la menor provision. Al llegar á Pelatscie se encontraban próximos á lo que suele llamarse allí «el largo trayecto», en el cual durante 48 horas largas las pobres caballerías deben sentirse fatigadas y sedientas, sin encontrar una gota de agua para su refrigerio. A las dos de la tarde del 9 de Agosto llegaron al rio Kokwe, donde cavando con todas sus fuerzas con azadones, consiguieron encontrar abundancia de agua, que no habian podido beber desde las tres de la tarde del dia 7. En los rios Seruli y Uthlosani no encontraron más que arena á gran profundidad; pero al llegar el 12 de Agosto al rio

Uthlosi pudieron proveerse abundantemente de agua. También el río Sciascia, donde llegaron el 16, les proporcionó agua en abundancia; así que confortados continuaron su viaje, llegando por último el 17 á Tati, donde encontraron de nuevo seres humanos. El Seruli, el Tauani y el Makalapsie van directamente á desembarcar en el Limpopo; pero el Sciascia recoge antes todos los demás, y después corre á verter sus aguas en el mismo río, del cual es uno de los principales afluentes. Todos estos ríos se parecen unos á otros, llenos de arena y cascajo en verano, y rodeados de malezas espinosas y de cañas, y á propósito para cobijar leones y otras fieras. El camino se halla generalmente cubierto de gruesa arena, y todo el paisaje presenta como un terreno vagamente ondulado, cortado aquí y acullá por altas colinas de granito llamadas *koppies*, con extensos bosques cuyo follaje está situado casi verticalmente, y ofrece tan poca sombra como podría dar una red de pescadores.

Todo el que viaje por estos áridos países en las estaciones secas debe prestar grandísima atención á tener siempre encendidas grandes fogatas en los sitios elegidos para acampar. Estos deben elegirse en cuanto sea posible próximos al agua, y las fieras se sienten empujadas hácia el precioso elemento con un instinto al que no se pueden oponer pequeños obstáculos. El peligro existe particularmente durante las primeras horas de la mañana. Citemos en prueba de ello y como ejemplo el hecho ocurrido á Hubner. Era éste compañero de viaje de Mohr, y un día se había adelantado á la caravana buscando agua. Sorprendióle la noche cerca del río Kokwe, donde se había quedado para descansar al pié de un árbol de sensitiva, cuyas ramas se mecían junto al agua. Tomó, por tanto, algunas precauciones cortando algunas ramas del tronco antes de entregarse al sueño, y su prevision no fué para él infructuosa. La noche la pasó bastante bien, pero al amanecer despertó de improviso un rugido cuya causa conocía harto bien. Tuvo el tiempo preciso para subirse sobre el árbol sin ser visto, y desde lo alto pudo claramente ver lo que sucedía á sus piés. Y debió quedar enteramente sorprendido y aterrado cuando pudo contar hasta siete leones que al pié del tronco daban saltos, hasta que la salida del sol les hizo volver á sus bosques. Cuando se pasa la noche por algún bosque se acostumbra á llevar teas encendidas para evitar una sorpresa; pero en campo abierto sale frecuentemente el león de sus cuevas para ir á beber durante el día. Además, que semejantes fieras acostumbran á ocultarse por aquellas inmediaciones, pruébalo el hecho de un pobre cafre despedazado por un león junto á Tati, sólo algunos días antes de que llegasen allí los misioneros, y otro de un cazador de Tati que por la misma causa perdió su caballo durante su permanencia en aquel sitio. En 1869 encontró Mohr huellas de elefantes por los pantanos de Tati. Hasta las hienas, descritas también como animales inofensivos, eran frecuentemente oídas por los misioneros cuando aquellas fieras roían los huesos que se encontraban junto á su campamento; y una vez se encontraron con que una de ellas había roído los aparejos de algunos bueyes mientras éstos permanecían entregados al sueño.

El principal interés que atrae á algunos á Tati es la perspectiva, que algún día parecía brillante, de ricas

venas de oro ocultas en los contornos; y el nombre de *Victoria Diggins*, que se conserva en el mapa de Wyld, hace ver á qué país pertenece la Compañía que se formó para acometer esta empresa. Por primera vez en nuestros tiempos fué descubierto aquí el oro por Carlos Mauch; pero el mismo viajero hace observar que antiguamente había sido buscado en aquel sitio el precioso metal por los habitantes del país; y en prueba de ello refiere que se han encontrado cuevas cavadas en la dura roca, que tienen de 15 á 18 piés de profundidad. Encontró también allí paredes de piedra, esmeradamente construidas en las colinas inmediatas, destinadas indudablemente para la defensa de aquel sitio. Y todo esto se atribuye á los Mashowas, que eran los antiguos poseedores del terreno antes de ser expulsados de él por los Matabeles; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que habían llegado á ser bastante más cultos que los actuales habitantes de aquel país, los cuales no conocen otros materiales para construcción que la paja y el barro, amasados con las ramas de los árboles. Hace cerca de tres años que acudieron allí unos 200 europeos atraídos por la lisonjera esperanza de descubrir un centro de riqueza destinado á competir con el de Kimberley; pero más tarde fueron abandonadas las minas, y los Padres sólo encontraron allí un pelotón de unos 20 hombres, descendientes de europeos, y algunos cafres, que habitaban en una media docena de casas y en algunas cabañas. A excepción de Philips, antiguo compañero de Baines en sus viajes, y hoy agente de la Compañía minera y conserje de la propiedad de la misma, los blancos sólo eran boers, cazadores de profesión, que se proporcionaban el sustento en la caza de la girafa, del búfalo, del avestruz silvestre, etc.

Las relaciones de los misioneros con los individuos de esta pequeña colonia son tan curiosas como en sumo grado importantes, y nos atrevemos á predecir que nunca se verán olvidadas por una ni otra parte. El encuentro con hombres blancos en esos remotos países suele ser un suceso que produce la mayor alegría y se manifiesta exteriormente con muestras del más sincero afecto. Sea cualquiera el país á que pertenezcan, pronto se hacen amigos y hermanos en el destierro y camaradas en la misma lucha; y, por el contrario, rara vez sucede que una parte de ellos no pueda prestar á la otra útiles servicios ó suministrarle, por lo menos, utilísimas noticias. Pues bien; en el encuentro que tuvieron los Padres en Tati, parecía que las cosas llevaban rumbo opuesto. Sabido es que los boers alimentan profunda antipatía contra los sacerdotes católicos, y que su ignorancia en lo tocante á nuestra religión es, digámoslo así, indescriptible. Al principio parece que estos sentimientos prevalecieron al placer que causa el ver caras europeas y al recibir noticias del apartado mundo. Pero semejante estado de cosas no duró mucho. Uno de los boers se aventuró á preguntar á los Padres si era cierto que nosotros adorábamos á una mujer en lugar de Dios. Bastó esta pregunta para poner de manifiesto el origen de tanta desconfianza y abrir la puerta á una confianza y amistad cuyo solo recuerdo conforta el alma. Desde este instante cambiaron completamente los sentimientos. Esos desdichados, que nunca habían visto un sacerdote y sólo habían oído que la Iglesia no era otra co-

sa que un sistema de idolatría y de engaño, ahora prestaban la mayor atención á la enseñanza que se les daba sobre la verdad de la fe. Los domingos acudían todos á oír la santa Misa, que se celebraba con toda la solemnidad que el lugar permitía, y los sermones de la mañana y la tarde se hacían en su misma lengua; y si circunstancias lamentables no les hubiesen obligado á disolverse, ofrecían las más halagüeñas esperanzas de que en breve se contarían entre los hijos de la Iglesia. Pero por la marcha de los sucesos sólo uno tuvo la suerte de convertirse, y merece que aquí se haga mención de él, como de las primicias de la Misión.

Pero estos hombres, aunque extraños á nuestra fe, tuvieron pronto ocasión de manifestar espléndidamente con hechos el ardor de sus corazones, y no se mostraron perezosos de manera alguna para aprovecharse de tan buena conjuntura.

Ya indicámos que los misioneros disfrutaron de la mejor salud durante su penoso viaje. La Divina Providencia veló con tanta solicitud por su vida, que ni uno solo de ellos en el largo transcurso de cuatro meses tuvo que interrumpir la diaria celebración del santo Sacrificio, al través de tantas vicisitudes, de frío y de calor, de sed y de fatigas, por bosques y desiertos, por montes y llanos.

Pero no debía durar más tiempo ya un estado de cosas tan próspero. El primero que cayó enfermo fué el P. Croonenberghs, el cual se vió atacado por una grave fiebre reumática que le privó completamente del uso de sus miembros y le retuvo durante muchas semanas en su reducido lecho. Aquí, precisamente, se puso de manifiesto la bondad de aquellos cazadores de una manera tan generosa que nunca podrá ser puesta en olvido. Diariamente y por espacio de muchas horas acudía uno ú otro de ellos para situarse á la cabecera del enfermo y hacerle con su conversacion más llevaderas aquellas largas horas. Le sacaban de su carro y le preparaban un lecho bajo la tienda de la mejor manera posible, y nunca volvían á casa cargados con las piezas que habían cazado, sin llevar al lecho del enfermo lo que cazaban de más exquisito para el paladar. ¡A tal extremo llegaba la solicitud y el cuidado de aquellos extranjeros en bien de un pobrecito de Jesucristo! Pero no era sólo esta enfermedad la que servía de aguijón á su bondad. Todos y cada uno de los misioneros participaron de ella, así que uno de ellos podía escribir: «Girafa, búfalo, avestruz silvestre, son ahora nuestro alimento ordinario.» No debe, por tanto, causar maravilla que la partida de tan queridos amigos fuese dolorosa, y que todos los Padres volviendo la vista á semejante encuentro en el Africa meridional, tan inesperado, antes tan frío y después tan afectuoso, tan breve, no obstante, como provechoso, hallasen en él uno de los más dulces recuerdos de su vida.

La solitaria Tati se hallaba también destinada á hacerse, de modo especial, memorable por uno de los compañeros de la religiosa caravana. El H. Dewilder, que fué zuavo pontificio y se batió en Mentana, era un novicio cuando fué enviado al Africa, y allí fué, precisamente en Tati, donde el día 22 de Agosto se cumplió el tiempo prescrito para los primeros votos de su Orden. No intentaremos describir aquí esta pequeña ceremonia,

de carácter completamente doméstico; pero no podemos pasar en silencio el hecho edificante de este novicio de la Compañía de Jesús, que en el referido día y en medio de los desiertos del Africa meridional pronuncia los tres votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, con gran júbilo de sus hermanos, y, podemos añadir, de los Angeles mismos, que debían contemplar con mirada complaciente el pequeño altar colocado en aquella soledad. Hay algo que presta especial interés á los votos dados en semejantes circunstancias. A manera de un deudor que satisface su deuda antes del vencimiento del pago, el buen novicio había dejado el mundo bastante lejos tras de sí antes de obligarse á hacerlo, y había llegado hasta el extremo de la tierra en señal de obediencia antes de someterse á este voluntario yugo.

Pero de una manera muy diferente debía quedar memoria en los anales de la Misión del árido suelo de Tati. Al partir de Grahamstown cada uno de los misioneros había hecho el sacrificio de su vida por amor á la causa á que ahora consagraban sus tareas. Pues bien, Dios quiso que este sacrificio se consumase en Tati en uno de aquellos que eran de los más piadosos de la caravana. El P. Carlos Fuchs, harto delicado quizá para soportar tales fatigas, había sufrido más que los otros las incomodidades del viaje. Al llegar á Tati sintió que poco á poco se debilitaban sus fuerzas; y al ser atacado por la fiebre sucumbió, durmiéndose tranquilamente en el Señor, la mañana del 28 de Enero de este año, después de recibir todos los consuelos que la religión y la caridad fraternal pueden proporcionar. En el desierto de Tati yacen en lugar conveniente, consagrado por la cruz, los restos de la primera víctima de la Misión, ejemplar por su sacrificio y su celo é intercesor provechoso de las almas que le son queridas. Todos los futuros misioneros del Africa interior que por allí pasen verán este túmulo de tierra bendita, que es el primer puesto de que se ha tomado segura posesión en el territorio africano; sentiránse estimulados por tan hermoso ejemplo, y rezarán una oración por quien allí descansa en paz.

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO V.

Adornos y vestidos.

A los salvajes de la Australia occidental les gusta sobremedida adornarse en las circunstancias solemnes de la vida, como las grandes danzas, los funerales y los combates.

Aunque casi siempre van sin otro vestido que un estrecho ceñidor,—excepto en invierno, en que llevan un manto de piel de *hanguru*,—encuentran medio de satisfacer su vanidad por medio de ciertos adornos bárbaros. Uno de ellos consiste en una abundante y fuerte cabellera, que sería bastante bella si la dejasen flotar sobre los hombros, pero tienen la repugnante costumbre de untarla con grasa de *hanguru*, de casobar ó de *opossum*, y los más elegantes lo polvorean con tierra roja y muy fina. Hecho esto, enrollan su cabellera en la coronilla de la cabeza y la sujetan con una banda de la piel lanosa

de *opossum*. Para completar su compostura, fijan en esa espesa masa de cabellos plumas de papagayo ó de aves-truz.

Las mujeres no tienen menor cuidado de su negra melena; pero evitan siempre que sus cabellos les lleguen á los hombros, y los cortan irremisiblemente así que traspasan ese límite. Corona su cabeza un verdadero bosque, que por desgracia no está deshabitado. «Mas, añade el Ilmo. Salvado, á fin de no ofender la delicadeza de nuestros lectores, no les explicaremos el modo expeditivo empleado por los australianos y australianas para desembarazarse de esos huéspedes incómodos.» Respecto á la barba, que la tienen muy cerrada, la mayor parte de los salvajes la llevan entera. La peinan y untan de grasa como sus cabellos, y los ancianos, cuya barba descende hasta más abajo del pecho, ofrecen á veces un aspecto venerable. Algunos, sin embargo, déjanla crecer muy poco, al estilo de los antiguos egipcios; otros la afeitan con cuchillos de piedra ó con pedazos de vidrio, y cuando no pueden procurarse estos instrumentos primitivos la queman por medio de carbones encendidos. «Nosotros mismos, dice el Ilmo. Salvado, que llegamos de Europa con la cara completamente afeitada, vímonos obligados á dejarnos crecer toda la barba para ser respetados de esos salvajes, pues de otra manera no hubieran creído que éramos hombres como ellos.»

Otra compostura, que aprecian mucho, les es comun con los salvajes de ambos mundos. Tal es la de pintarrajarse el cuerpo, trazando con colores rojos y blancos anchas líneas verticales y horizontales sobre pecho, espalda, brazos y piernas, lo que de léjos pudiera hacer creer que van vestidos con ropas escocesas. Cada uno se pinta á su guisa; mas los que se creen bellos hácese aplicar tan extrañas pinturas por salvajes reputados como más hábiles. Las mujeres no lo usan, pues este adorno, como la barba, es privilegio de los hombres. Únicamente cuando experimentan la pérdida de un amigo ó un pariente rodean sus ojos con un círculo de color blanco, pareciendo entonces que llevan lentes. Cuando ha habido muerte violenta, el círculo es de color negro.

Un ornamento particular de los australianos consiste en atravesar el cartilago de la nariz con un hueso puntiagudo ó un pedazo de madera muy afilado. A la edad de diez y seis ó diez y siete años sufren esa operacion, que debe ser dolorosa á pesar de la rapidez con que procede el operador, quien toma un pedazo de madera endurecido al fuego y cortado en punta por un solo lado, y aplicándolo sobre el cartilago nasal del paciente, se sirve de las manos como de un berbiquí, y en pocos segundos la nariz queda taladrada de parte á parte. Coloca entonces en el agujero un hueso sacado de un ala de águila ó de oca, y el jóven australiano se muestra tan satisfecho con adorno tan singular é incómodo, como una dama europea con sus pendientes de brillantes. Las mujeres no están sometidas á semejante tortura exigida por la moda austrálica.

Brazaletes de piel de *opossum* sirven tambien de adorno para los días de fiesta. Los salvajes se los ponen en el antebrazo, añadiéndole copetes de plumas de casobar. El ceñidor, que es á menudo su único vestido, les sirve al mismo tiempo de bolsa, de arsenal y de cacerina. En él ponen las pequeñas piedras cortantes con que ter-

minan sus lanzas ó *guichis*, el pote ó saco de grasa de que hacen tan frecuente uso, y por último los diferentes colores con que se pintan el cuerpo. Tambien suspenden en él sus diferentes armas y útiles: el *calé*, el *dawac*, el *coccio*, que describirémos más adelante. Este ceñidor está formado con cordoncillos sacados de la lana del *opossum* y de siete á ocho pulgadas de largo. Cuando les apura el hambre, lo que no es raro entre ellos, la aprietan á fin de soportar mejor sus forzados ayunos. Esta estrecha vestimenta les es tan necesaria, que por algunos cordoncillos de lana de *opossum* entregan sus mejores armas, los únicos objetos que pueden cambiar con sus compatriotas.

En Europa y en todos los países civilizados tenemos la costumbre de lavarnos cada día. Los australianos, sin desdeñar el recreo y los efectos saludables del baño, prefieren untarse el cuerpo con grasas. Así que han derribado una pieza de caza beben la sangre y comen los intestinos todavía calientes, y luego quitan cuidadosamente la grasa del animal para friccionarse, y nunca se consideran tan bellos como cuando están relucientes de grasa, lo que por lo demás es una utilísima precaucion contra las picaduras de los mosquitos y hormigas. «Creo tambien, dice el Ilmo. Salvado, que el uso habitual de la grasa da á sus miembros esa agilidad y elasticidad que les permite hacer largas carreras sin fatigarse, subir á los mayores árboles y saltar como ciervos en presencia de *kangurus*.»

El *tatuage*, que esos salvajes practican como muchos insulares de la Oceania, es una de las invenciones más absurdas de la vanidad humana. Parece que Satanás, que les tiene todavía bajo su dominio, intenta destruir en ellos, por ese medio, la semejanza divina. Consiste, en efecto, en largos y profundos surcos que trazan sobre la piel y hasta en la carne por medio de una piedra de cuarzo muy cortante ó un agudísimo marisco. Tales incisiones cubren las piernas, los brazos, el pecho y las espaldas. Sin embargo, los australianos no las trazan sobre el rostro como la mayor parte de los salvajes de aquel hemisferio. A veces es tal la profundidad y el número de llagas, que el paciente tiene necesidad de permanecer muchos días acostado en su rústica choza, sufriendo vivos dolores. Cuanto más grandes y deformes son las protuberancias causadas por el *tatuage*, más se envanecen de ellas los australianos. Sus mujeres no temen imitarles, lo que las hace sumamente repugnantes á la vista. El Ilmo. Salvado asegura que los jóvenes de ambos sexos se someten á tan bárbara costumbre, y que ha visto niños de cuatro años consentir gozosos en sufrir tales incisiones verdaderamente quirúrgicas y soportarlas con admirable valor.

Hablemos por último del manto de piel que, en invierno únicamente, cubre las espaldas de los australianos, que no habitan bajo los trópicos. Prepáranlos las mujeres extendiendo en el suelo la piel de un *kanguru* recientemente muerto, sujetándola á ciertas distancias con estacas de madera. Con cuchillos de piedra quitan en seguida los más pequeños restos de carne ó de nervios. Si la piel es de un macho, basta para cubrir un salvaje ó su mujer; si es de una hembra de *opossum* ó de *kanguru* de corta talla, las australianas cosen algunas, y luego extienden sobre toda la superficie una bue-

na capa de grasa para hacerlas más flexibles. Los nervios de la cola del animal les sirven de hilo, y un huesecillo agujereado les hace oficio de aguja. Para retener el manto sobre los hombros esas obreras salvajes fijan á un lado un nervio más fuerte á manera de presilla, y en el otro un pedazo de hueso de madera. Los australianos llevan ese manto con cierta dignidad sobre el hombro izquierdo, á fin de dejar libre el brazo derecho: las mujeres se envuelven lo mejor que pueden, aunque siempre muy imperfectamente. Si el tiempo está algo frío, pero sereno, los salvajes ponen al interior la parte lanosa ó peluda, y si llueve la vuelven al revés. Este manto les presta también otros servicios. Sirveles de almohada cuando están sentados bajo un árbol ó tras un muro de cortezas de árboles; por la noche es su colchon, y su tienda cuando llueve. «Con frecuencia, dice el ilustrísimo Salvado, cuando dormía con mis salvajes bajo la bóveda estrellada, si sobrevenía copiosa lluvia, el agua me calaba hasta los huesos, no obstante el espesor de mis vestidos. Ellos

apresurábanse á abrir una zanja de un pie de profundidad, en la que se acurrucaban tres ó cuatro juntos, colocando sus mantos sobre sus cabezas de suerte que los bordes se apoyasen en el suelo. Bajo este improvisado abrigo dormían sin recibir una gota de agua, mientras yo quedaba expuesto á todos los rigores de la tempestad.»

No debe juzgarse del manto de los australianos por el de los miserables salvajes que frecuentan los alrededores de las poblaciones ó de los establecimientos de los europeos. En el *bush*, en pleno bosque, el australiano que sale al encuentro del viajero con paso gallardo y firme, adornada la cabeza con plumas de casobar, cubiertas las espaldas con un largo manto de *hanguru* color de pizarra, y lanza en mano, produce gran efecto, y su vestido de piel, que le descende hasta los jarretes, recuerda con bastante exactitud la clámide de los antiguos.

CRÓNICA.

España.—El día 1.º de Octubre ha sido un día fausto para la villa de Vergara. Después de algunos años de clausura sufrida por el Real Seminario, anuncióse para ese día la reapertura bajo la dirección de

los Padres de la Orden de Predicadores. Los hijos del Patriarca de Guzman debían presentarse por vez primera vestidos del purísimo cendal de su Instituto, circunstancia que excitaba aún mayor interés.

La noche anterior, las casas de la villa aparecieron iluminadas, y la música recorría sus calles, mientras que surcaban el aire numerosos cohetes. El día 1.º la animación comenzó desde las cinco al toque de diana. A las nueve dió principio la Misa solemne, oficiando los Padres Dominicos según su rito privilegiado. La capilla del Seminario presentaba hermosísimo aspecto. En los bancos de damasco carmesí situados á lo largo del templo estaba el ilustre Ayuntamiento, los Cabildos parroquiales, la Comunidad de Dominicos, los condes de Villafranca y de Llobregat, senador uno y diputado el otro del distrito, las autoridades militar y judicial y demás funcionarios públicos de la villa con algunas otras personas de notoria importancia. Al lado del Evangelio los nuevos seminaristas y convidados, y al lado de la Epístola las señoras y señoritas todas de la villa.

Terminada la solemnidad religiosa, pasó la comitiva al salón de actos públicos, ocupando las autoridades el sitio del profesorado bajo la presidencia del rector, las señoras las dos tribunas, y los demás el resto del salón, que es muy capaz y muy apropiado al objeto. El Padre Martínez Vigil, Procurador general de la Orden, ocupó la tribuna y leyó el discurso inaugural, en el cual, después de notar que la solemnidad religioso-literaria á que habían sido invitados los circuns-

tantes, era una proclamación solemne de la alianza fecunda que debía existir siempre entre la Religión y la ciencia, pasó á demostrar que ese era precisamente el ideal de la Orden de Predicadores, que venía á encargarse de la enseñanza del Seminario.

Hizo una breve y patética exposición de la misión confiada á la Iglesia por Jesucristo, que es una misión de enseñanza; manifestó que esta enseñanza es triple: apostólica, pastoral y científica, y señaló el siglo XIII como la época en la cual

se separó por vez primera una enseñanza de otra, confiándose á la Orden de Predicadores la predicación y la enseñanza, y encargándose el episcopado y el clero más particularmente de la enseñanza pastoral.

Para probar la manera con que la Orden de santo Domingo cumplió la misión que recibiera de la Iglesia, el orador analizó rápida y brillantemente los trabajos apostólicos de sus hermanos en los primeros cincuenta años de la historia de la Orden, exponiendo previamente lo que debía entenderse por orador ó predicador cristiano y por doctor católico.

El resumen del discurso se redujo poco más ó menos á lo siguiente.

En 1216 santo Domingo de Guzman fundó con 16 varones apostólicos una Orden de canónigos regulares destinada á la predicación y á la enseñanza, que fué llamada Orden de Predicadores por Inocencio III y Orden de la Verdad por Luis IV de Baviera.

En 1221, á la muerte del fundador, la Orden contaba sesenta conventos divididos en ocho provincias.

En 1228 ocupan ya las cátedras de la Universidad de París.

En 1234 es canonizado santo Domingo, y sus hijos derraman la sangre por Cristo en Aviñonet, en Urgel, en Milan y en Cumania, mientras Clemente IV acepta para el Papado la blanca túnica de los Dominicos.

El 1244 la Orden cuenta ya un Cardenal tomado de su seno.

En 1253, según el testimonio de Inocencio IV, había Dominicos



NUEVA-NURSIA.—Preparativos de fiesta. (Pág. 449).

entre los sarracenos, los griegos, los búlgaros, los camanos, los etíopes, los sirios, los godos, los jacobitas, los armenios, los indios, los tártaros, los húngaros y otros infieles de Oriente. Al Concilio ecuménico de Lyon de 1274 asisten treinta y tres prelados Dominicos y otros muchos doctores, y dos años más tarde el dominico Pedro de Tarentasia es electo Sumo Pontífice y toma el nombre de Inocencio V. Finalmente, los Santos que la Iglesia puso en los altares, tomados de este período de cincuenta años de historia dominicana, ascienden al número de 73. El orador concluyó dirigiendo á los seminaristas y alumnos externos de Vergara los consejos que diera santo Tomás de Aquino á un joven que le había consultado sobre los medios de adquirir la ciencia, y al bajar de la tribuna fué calurosamente aplaudido por el público.

Por la tarde hubo diversos regocijos públicos y por la noche vistosos fuegos artificiales.

¡Quiera el cielo bendecir la obra que se comienza en su nombre, y hacer que el Real Seminario de Vergara fructifique para el bien!

—El día 7 de este mes llegó á Vich, su ciudad natal, el ilustrísimo Fr. Antonio Colomer, obispo de Themycra *in partibus infidelium* y vicario apostólico del Tong-king oriental. Aguadábanle en la estacion el ilustrísimo señor Obispo de la diócesis, el señor Provisor y el señor Secretario de Cámara, algunos Capitulares, hermanos, parientes y amigos, con un inmenso gentío, deseosos de saludar y besar el anillo pastoral del que hace treinta y dos años, siendo sacristan de la iglesia del Remedio, marchaba á Ocaña para vestir el hábito de santo Domingo, y ahora por sus grandes virtudes y saber es un príncipe de la Iglesia y se halla al frente de un vicariato apostólico muy importante. Al apearse abrazó afectuosamente al Obispo de la diócesis, quien le hizo subir á un coche preparado al efecto, acompañándole á su palacio, seguidos de la multitud. Por la noche fué honrado con una serenata por la Banda municipal. El Ilmo. Colomer nació en Vich el 21 de Enero de 1833, y después de cursar en el Seminario Latinidad y Humanidades junto con el primer año de Filosofía, pasó á Ocaña en 6 de Octubre de 1848, profesando en Noviembre de 1849. En 1854 pasó á las Misiones de Filipinas, y en 1856 entró en el Tong-king. Sus apostólicos trabajos y las grandes cualidades que allí reveló le elevaron á la dignidad episcopal, para la cual fué nombrado en 1870, siendo consagrado en 1871. Asuntos de su vicariato le han traído á Roma, desde donde, antes de su regreso, ha tenido á bien hacer una visita á su país natal. Acompañale un joven estudiante del Tong-king que revela mucha virtud y viveza.

Constantinopla.—Anteriormente (pág. 283) dimos cuenta de la recepcion del Ilmo. Vannutelli por el Sultan y de la carta de Leon XIII que S. Ilma. puso en manos de Abd-ul-Hamid. Este envió posteriormente al Soberano Pontífice la siguiente contestacion:

«A nuestro majestuoso, noble y muy amado Papa Leon XIII.

«He tenido la satisfaccion de recibir la amistosa carta y los preciosos regalos que Vuestra Santidad se ha dignado enviarme por conducto del Ilmo. Vannutelli, arzobispo de Sardes, su delegado en Constantinopla, en testimonio de su sincera amistad hacia mí.

«Así como mis fieles súbditos pertenecientes á la religion católica son tratados con una justicia que Vuestra Santidad aprecia, de la misma manera me intereso yo naturalmente por el bien de todos mis súbditos que cumplen sus deberes con constante fidelidad.

«Al dar las más expresivas gracias á Vuestra Santidad por los sentimientos de simpatía y de sincera amistad que en su nombre me ha manifestado el Ilmo. Vannutelli, así como por su carta y sus recuerdos, le suplico que esté seguro de que no ceso de formar votos por su gloria y la prolongacion de sus dias.

«Me complace en esperar que Vuestra Santidad se dignará darme en lo sucesivo, como hasta aquí, testimonios de su buena amistad.

«El 11 chaban del año de la egira 1297 (19 Julio 1880).

«HAMID.»

El Sultan ha querido emplear respecto del Padre Santo la palabra turca *bachmetlu* (majestuoso) de que se vale tratándose de los soberanos cristianos de Europa. Así, pues, son excelentes las relaciones entre la Puerta Otomana y la Santa Sede.

Said-Bajá, primer ministro que fué del Sultan, decia poco há que el Gobierno otomano habia cometido una falta muy grave no favoreciendo, hace unos veinte años, el movimiento de conversion católica en Bulgaria; añadiendo que si ésta se hubiese unido á la Santa Sede, el panslavismo no hubiera podido ejercer allí la menor influencia. Concluia aconsejando á la Sublime Puerta que favoreciese el Catolicismo en Armenia para librarla de la invasion del eslavismo de la

Rusia. Por desgracia siéntese Turquía tan abrumada por el peso de las graves cuestiones políticas del momento, que no puede ocuparse en los detalles de la administracion de las provincias. Por otra parte los gobernadores del interior son incapaces de comprender lo que ve tan claro Said-Bajá.

Hu-pe meridional (China).—El P. Benjamin, de Menores Observantes, escribia desde Kin-tcheu-fu el 15 de Abril pasado:

«... Algunas familias de Pe-li-tso que hace un año se convirtieron al Catolicismo, enviaron en Febrero último una comision al Vicario apostólico pidiéndole un misionero. Accediendo á sus deseos, S. I. confió la nueva estacion al P. Joaquín Lo, indígena, el cual llegó á su destino el 25 del mismo mes, siendo recibido con alegría por la familia Jang.

«Los primeros dias transcurrieron en paz. El P. Lo no se ocupaba más que en su ministerio, instruyendo á los nuevos convertidos y enseñándoles á orar. El tiempo libre lo empleaba en satisfacer la curiosidad de los paganos y en predicar las verdades de nuestra santa Religion. Envidioso de este triunfo, el demonio envió sus emisarios. Un centenar de paganos llegaron con sus barcas el 18 de Marzo, y saltando en tierra presentáronse delante la residencia del misionero, entregándose á un ejercicio supersticioso é inmoral destinado á apaciguar al dragon y á los malos genios del agua. Al terminar, acudieron á la familia Jang para pedirle chapecas y obligarla á disponerles comida. Negóse cortesmente á ello dicha familia, afirmando que ella adoraba al verdadero Dios y que no podia contribuir á prácticas prohibidas. Encolerizáronse los paganos, y el misionero trató de calmarlos apoyándose en la aprobacion del emperador y en la autorizacion concedida para predicar libremente el Evangelio en todo el celeste Imperio. Contestáronle que nada querían saber con la Religion, y que harían sentir todo el peso de su venganza sobre los que la abrazasen, y por último le amenazaron con expulsarle á palos si no marchaba pronto de aquel sitio.

«Obedecer tan injusta intimacion hubiera sido una debilidad; era cerrar para lo sucesivo todo acceso al misionero y á la Religion. Comprendiólo así el P. Lo, y lleno de celo por la salvacion de las almas mantúvose en su puesto y continuó instruyendo bondadosamente á cristianos y paganos, refutando errores y calumnias. El fuego estaba oculto bajo ceniza, y los malévolos aprovecharon otra ocasion.

«El 2 de Marzo el tambor convocó al pueblo á la fiesta popular del Dragon, durante la cual es paseada una pieza de seda encarnada en forma de serpiente. La gente acudia de todas partes, engrosábanse las filas, y reunidas 600 personas pusieron en marcha tumultuosamente en direccion de la residencia del misionero. Muchos hombres se precipitaron á la puerta para derribarla, y el tambor animaba aquella turba furiosa. Al fin penetran dentro rompiendo todos los tabiques, y nuestro pobre misionero se encuentra rodeado de aquellas furias. Mientras unos, ávidos de botín, comienzan á saquear cuanto les viene á mano, otros se arrojan sobre el P. Lo, descárganle una lluvia de golpes, lo arrastran fuera de la casa, le despojan de sus vestidos, le arrojan piedras, y en particular una enorme sobre la espina dorsal. Entonces dos viejos pidieron gracia en favor del misionero, lograron calmar á los agresores y dispersáronlos poco á poco.

«El P. Lo fué introducido en su casa, creyendo todos que sucumbiria; pero, á Dios gracias, después de algunas horas de reposo recobró el sentido, pareciéndole salir de un profundo letargo. No convenia que se expusiese á una escena más funesta todavía, y aunque todo magullado, aprovechando la oscuridad de la noche, ganó la orilla del rio, saltó á una barca y dirigióse á la residencia del Vicario apostólico.

«Sin perder tiempo, S. I. elevó sus quejas á las autoridades civiles, que se mostraron muy complacientes y prometieron mucho, pero después de un mes y medio continuaban las cosas en el mismo estado. Los malvados se jactaban de su victoria, y nuestro prestigio quedaba por el suelo, en vista de lo cual me dirigí al cónsul francés en la confianza de obtener por su medio reparacion y justicia. Pero ¡ah! una segunda carta fechada el 19 de Mayo me advierte que el mandarín falta á lo prometido, habiéndose contentado con enviar al P. Lo cien ligaduras de chapecas. Después ha hecho llamar á Jang, que habia hospedado al P. Lo; le ha echado en cara haber hospedado al misionero y haber abrazado el cristianismo, y lo ha metido en la cárcel. Por remate acaban de incendiar la casa de otro cristiano. Ya comprenderéis nuestras tristezas.»

Mesopotamia.—El P. Duval, religioso dominico y prefecto apostólico de Mossul, escribe lo siguiente:

«Aunque las mieses se presentan en regulares condiciones, la miseria es todavía muy grande, y todo hace creer que las consecuencias del hambre se harán sentir aún mucho tiempo. El precio de los víveres ha bajado considerablemente, pero es todavía muy superior á los recursos de innumerables desgraciados que necesitan como nunca que se les socorra. Están extenuados por sus largos sufrimientos, y carecen absolutamente de medios de subsistencia. Así es que nuestras distribuciones continúan como de costumbre, con la sola diferencia de que hoy los misioneros pueden adquirir trigo bajo condiciones menos gravosas.

«Por otra parte faltan brazos para la siega, pues el mayor número de hombres que han sobrevivido á los tormentos del hambre y á privaciones de todo género no tienen fuerzas para trabajar, y no es raro ver en los campos algunos que mueren con la hoz en la mano. La mies hecha en tales condiciones sufrirá perjuicios de cuantía, y los precios no bajarán lo que era de esperar.

«Como acontece de ordinario en semejantes circunstancias, al hambre suceden las enfermedades. El tífus, la disenteria, etc., causan grandes estragos.

«Por lo dicho puede calcularse que no ha terminado el tiempo de prueba para estas infortunadas poblaciones de Mesopotamia.»

Persia.—Hace algun tiempo estábamos sin noticias de este país, lo cual nos hacia esperar que el terrible azote del hambre habia desaparecido; pero una carta reciente del Ilmo. Cluzel, arzobispo de Hieraclea y delegado apostólico de Persia, nos obliga á dirigir un nuevo y urgente llamamiento á la caridad católica. Hé aquí lo que dice el Ilmo. Cluzel:

«Puedo pintaros nuestra situacion en muy pocas palabras. Algunas madres han comido á sus propios hijos muertos de hambre, y otras han tenido el horrible valor de matar á sus hijitos y comérselos.

«Desde mi llegada á Urmiah nos vemos sitiados por multitud de hambrientos. No puedo salir sin hacerme preceder de dos hombres robustos que me abren paso. Todos se precipitan á mis piés dando lastimeros gritos. Por otra parte, ninguna necesidad tienen de hablar esos infortunados para expresar lo que sufren, pues bien lo manifiestan sus escuálidos semblantes.

«¿Qué espectáculo en las calles de Urmiah! Niños, doncellas, mujeres, ancianos tendidos en tierra y esperando la muerte! Los más fuertes se levantan y nos siguen algunos pasos pidiéndonos una limosna.

«Hasta hoy han muerto del hambre en un pueblo 200 personas, y en otro pueblo 300. La poblacion musulmana del llano de Urmiah ha disminuido una tercera parte al menos. Los kurdos sufren todavía más.

«En el pasado otoño, al comenzar el hambre, muchísimos nestorianos de los montes del Kurdistan otomano descendieron á Urmiah y Salmas. Casi todos han desaparecido, y en sus montañas hace el hambre horribles estragos.

«Entre los cristianos del llano hay sin duda muchas víctimas, pero nada es en comparacion de los musulmanes. Estos no se tienen la menor compasion, mientras los cristianos se ayudan mutuamente en lo que pueden. Conozco algunos que habian hecho provision para todo el año, y actualmente carecen de pan, reducidos á la mayor miseria por haber ayudado á los más necesitados.

«Sostenemos á los indigentes, pero nuestros recursos son muy inferiores á los que reciben los ministros protestantes. Sin embargo, la herejía no sabe hacer limosna; grita mucho, arroja con ostentacion á los pueblos algunas monedas, pero en realidad desperdicia sus recursos.

«Atravesamos ahora los momentos más críticos. Todo está agotado; sólo restan las yemas de las cepas con que se alimentan muchos, echando á perder las uvas.»

Posteriormente continuaba escribiendo el Ilmo. Cluzel:

«El hambre hace terribles progresos. En las calles de Urmiah yacen muchos cadáveres, sin que nadie ose retirarlos. Los musulmanes arrojan sus niños al río, ó los matan de cualquier otro modo.

«En Persia los suicidios son muy raros; no obstante, hoy los ríos arrojan á sus orillas muchos cadáveres.

«Nuestras Hermanas recorren la ciudad, y sus relatos lastiman el corazón. Muchas casas están ya vacías, y en otras toda la familia yace en tierra, esperando y pidiendo la muerte.

«Durante este invierno hemos tenido multitud de conversiones. Dos pueblos, uno de veinte familias y otro de cuarenta, han abrazado la verdadera fe, no siendo de creer que les haya movido el interés, puesto que si hubiesen querido socorros temporales, los hubieran en-

contrado en abundancia entre los ministros protestantes, que se los ofrecían á condicion, no de hacerse protestantes, sino únicamente de no hacerse católicos.

«Pienso que Dios ha querido consolarnos así de la defeccion de algunos de los nuestros que se han dicho protestantes, pero que por otra parte se han retractado casi todos.

«Los bienhechores protestantes de las víctimas del hambre no tendrán sin duda la intencion de excluir de toda participacion en sus limosnas á los católicos de Urmiah, aunque no quieran abrazar la secta; y sin embargo así se practica. Un día se distribuyó algun dinero á los habitantes de un pueblo enteramente católico, pero muy pobre: segunda vez ofrecieron socorrerle, si bien con la condicion de que en lo sucesivo irían á las predicaciones protestantes. La propuesta fué rechazada con indignacion, y el que habia traído los socorros se volvió con ellos.»

Trebisonda (Asia Menor).—Segun nos escriben de dicho punto, crece la anarquía en aquel desgraciado país, y los protestantes aprovechan esta afflictiva situacion para causar á la Religion todo el daño posible. Gracias á los recursos de que disponen, abren por do quiera escuelas y propagan sus calumnias contra el Catolicismo. Los obispos y el clero armenio se oponen con todas sus fuerzas á la propaganda del error, mas por desgracia no pueden luchar con armas iguales, y la influencia inglesa y el protestantismo ganan terreno cada día.

La creacion de un colegio católico en Trebisonda transformaria en pocos años el país. Esta ciudad, próxima al Cáucaso y al Lazistan, puerto principal de Armenia y capital de una vasta provincia, es por su posicion un punto muy importante. Los armenios del país, en número de 100,000, enviarían sus hijos á los misioneros católicos y abandonarían á los anglicanos. Los orientales preferirán siempre el catolicismo, porque les gusta la pompa de las ceremonias religiosas, muy al revés de la frialdad del culto protestante.

Los pueblos que mantienen relaciones con Trebisonda enviarían sus hijos á esta ciudad para que recibiesen una instruccion conforme con sus gustos, y aún muchos griegos y turcos frecuentarian la escuela católica. De esta suerte quedarian frustrados los secretos ardides de Inglaterra, extirpadas las raíces de la herejía y del cisma, y el Catolicismo reconquistaria pronto su antiguo imperio en aquellas desgraciadas comarcas.

Abisinia.—El Ilmo. Touvier, vicario apostólico, escribe lo siguiente desde Keren con fecha 15 de Julio:

«Nuestra imprenta funciona perfectamente, lo cual en medio de nuestras desgracias es un triunfo. La primera obra que imprimimos es un compendio muy sucinto de teología en forma de catecismo para instruccion de los cismáticos y de todos los que saben leer. Tambien preparamos un *Compendio de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, que es como un epitome del Evangelio. Lo mismo harémos respecto del *Antiguo Testamento*. He hecho empezar una traduccion del *Nuevo Testamento* en las dos lenguas *ghez* y *ambarigua*.

«El establecimiento de una imprenta era muy necesario, porque sólo teníamos *Biblias* y *Nuevos Testamentos* protestantes. Las producciones indígenas sólo contienen textos incompletos ó tan alterados, que no es posible servirse de ellas.»

Alto-Zambese (Africa austral).—Noticias recientes dan cuenta de la partida de varios Jesuitas para aquella Mision, á saber: los PP. Antonio de Vitt, Juan Weisskopf y Francisco Bergheyge, de Holanda; el P. Carlos Wehl, de Austria, y los HH. Arnaldo Vervenne, Francisco Simonis y Enrique Proert, de Holanda. Guiados por el P. Terorde y el H. Devylder, partieron de Kimberley, centro de las minas de diamantes, el 19 de Marzo, y esperaban llegar á Tati á mediados de Mayo. Desde este punto tres Padres y dos Hermanos debían avanzar hácia el Zambese, pasar el río y establecerse en el reino de los Morutsa-Mabunda. Otra expedicion debia partir al mismo tiempo de Gubulawayo para visitar al rey Umzila y establecerse en medio de su pueblo, que muestra excelentes disposiciones.

Canadá.—El Ilmo. Taché, arzobispo de San Bonifacio, acompañado del Rdo. Dugas partió el 1.º de Julio para Minneápolis con objeto de asistir al segundo centenar del descubrimiento de las cataratas de San Antonio por el P. Hennepin, jesuita.

El Mississippi fué descubierto en 1673 por el P. Marquette, tambien jesuita, y por un canadiense llamado Joliette. Siete años despues, el 3 de Julio de 1680, el P. Hennepin, descendiendo por la corriente del río, vino á amarrar su canoa encima de maravillosas cascadas que bau-

tizó con el nombre de San Antonio, y en sus inmediaciones hállase la grande é industrial ciudad de Minneápolis.

El Ilmo. Taché es biznieto del referido Sr. Joliette, de quien desciende en línea recta por el lado materno.

Dominica (isla).—El P. Couturier, llegado á la Dóminica con sus dos compañeros PP. Tavernier y Bourget, comunica los siguientes porminores sobre la recepcion de que han sido objeto al llegar á su Mision:

«Dejé á Rousseau el 13 de Abril: catorce de mis negros habian venido á mi encuentro para transportar mis bagajes. Por el camino no cesaron de hacer oír toda clase de cantares. Llegados al primer pueblo de la parroquia encontré reunidos á los habitantes, quienes habian levantado dos arcos de triunfo y llevaban estandartes. Fué preciso detenernos y alargar la mano á todo el mundo. Colgaron una corona de flores del cuello de mi cabalgadura, y en seguida me acompañaron al pueblo vecino con danzas y cantos. Allí habian erigido otros dos arcos de triunfo y salieron tambien á recibirme con estandartes. Detuvimonos unos momentos, y luego nos dirigimos al pueblo principal, La Plana, cuyos moradores no me esperaban tan pronto. Encontréles construyendo arcos de triunfo, y apenas me vieron repicaron la campana. La mayor parte de ellos me siguieron á la casa rectoral; parecían locos de contento, y no podia desembarazarme de ellos, abrumándome de preguntas: «—Padre, ¿cómo lo ha pasado V. en su tierra?... ¿Ha estado mucho tiempo enfermo?... ¿Cómo ha dejado V. á su familia?... ¿Cómo ha encontrado á sus amigos?... Ha tenido feliz viaje?... etc.» Hasta la noche no pude hacer más que recibir visitas, y así el resto de la semana.

«El domingo la manifestacion de júbilo llegó á su colmo: los habitantes de los pueblos lejanos vinieron en gran número, y mi casa estuvo llena desde la mañana hasta la noche, excepto durante el Oficio. Algunos dias despues fui con el P. Berthomé á visitar mi segunda parroquia, La Roca y Victoria, en donde la manifestacion fué todavía más ruidosa. Arcos de triunfo por todas partes, banderas, salvas, danzas y cantos nos acompañaban de uno á otro pueblo.

«El primer domingo despues de mi llegada á San Francisco Javier expuse en la iglesia todas las banderas y oriflamas que me habian dado en Francia, y mis negros estaban encantados. Entonces aproveché su admiracion y su contento para excitarles á rogar por nuestros bienhechores, y me esforcé en hacerles comprender cuánto se interesaban por ellos mis compatriotas y cuán agradecidos debian ellos estarles...»

Estados-Unidos.—El *New-World*, periódico canadiense, dice que los indios no dejan de pedir al Gobierno de los Estados-Unidos que les envíen misioneros y maestros católicos. Los agentes del Ministerio se callan, porque desean hacer protestantes á los indios; pero la Iglesia católica redobla sus esfuerzos para librarles de las maquinaciones de la secta.

El *Times* de Chicago, periódico que nada tiene de católico, dice que Red Cloud y Lone-Horn, jefes indios influyentes, han pedido al Gobierno que no envíe misioneros protestantes, sino católicos y maestros católicos tambien.

Dicho periódico reconoce que cuando los indios rechazan á los protestantes y reclaman misioneros católicos, es sin duda porque los han comparado y han aprendido á conocer la diferencia que hay entre unos y otros, y añade:

«Quien haya estudiado la historia de los indios, quien observe la vida actual de los indios, no puede desconocer este hecho palpable: *que ninguna forma de protestantismo ha proporcionado bienestar material á los aborígenas de este país.* El protestantismo podrá asegurarles bendiciones para la vida futura, pero generalmente ninguna les da en la presente, y les quita el escaso bienestar de que gozan.

«En todos los países católicos de América la condicion de los indios es mejor que en los Estados-Unidos, en donde sus preceptores han sido generalmente protestantes; y prescindiendo de este hecho, es conforme con la doctrina de la soberanía popular y de la verdadera democracia permitir á los indios regular sus asuntos religiosos segun su manera de ver.»

Tal es la confesion que la verdad arranca al *Times* de Chicago. Preciso es que sea esta muy brillante, y que clame al cielo la injusticia que se comete con los indios norte-americanos.

Haiti.—El *Boletín religioso* de Haiti publica una detallada estadística del clero y parroquias de aquella república, dividida en cinco diócesis administradas por un arzobispo y cuatro obispos sufragáneos.

La archidiócesis de Puerto-Príncipe está regida por el Ilmo. Guilloux, consagrado en 1871: comprende 17 parroquias y una poblacion católica de 350,000 almas. La diócesis de Gonaives, que carece todavía de titular, cuenta 8 parroquias y 110,000 almas. La de Cayes, tambien vacante, 20 parroquias y 250,000 almas. La de Cabo-Haitiano, administrada por el Ilmo. Hillion, cuenta 221,000 fieles repartidos en 19 parroquias. En fin, la pequeña diócesis de Puerto-Paz, todavía vacante, tiene sólo 4 parroquias y 39,000 almas. La poblacion católica de Haiti consta, pues, de 970,000 almas.

Australia.—El Ilmo. Mateo Quinn, obispo de Bathurst, ha bendecido en Forbes una hermosa iglesia gótica. Forbes dista 386 kilómetros de Sydney: adquirió al principio gran nombradía por sus pretendidas minas de oro, y debe su actual prosperidad á la fertilidad de su suelo. Dos misioneros dan su asistencia á la comunión católica de dicha ciudad.

ALBUM MALGACHE.

I.

PRINCIPIOS DEL CRISTIANISMO EN MADAGASCAR.

A mediados del siglo XV, viendo la Congregacion de la Propaganda el bien que hacian en Italia los sacerdotes de la Congregacion de la Mision, encargó al Nuncio apostólico de Paris que manifestase á Vicente de Paul la necesidad de enviar algunos apóstoles á la isla de Madagascar (1), en la que Francia habia formado un establecimiento. Eligió el Santo en 1648 á Nacquart de Champmartin y á Nicolás Gondré, quienes comenzaron su apostolado por la guarnicion del fuerte Delfin, cuyo violento comportamiento respecto de los malgaches, unido á la natural inconstancia de aquellos insulares, perjudicaba notablemente la propagacion del Evangelio. No obstante, los comienzos hicieron concebir algunas esperanzas de buen éxito. El P. Nacquart, habiendo sabido que Andiam Ramach, uno de los jefes de la isla, habia morado en Goa cuando jóven, fué á visitarle, confesándole aquel jefe que habia sido bautizado, y recitóle en portugués la Oracion dominical, la Salutacion angélica y el Símbolo de los Apóstoles. Desde entonces, no sólo permitió á los misioneros evangelizar á sus súbditos, sino que prometió asistir en persona á las funciones religiosas. Apenas el referido misionero pudo expresarse en el idioma del país, recorrió el campo, donde encontró mucha más docilidad entre los negros que entre los blancos. El P. Gondré, despues de haber seguido á pié á unos oficiales franceses que emprendieron un viaje por la isla, sucumbió á una calentura violenta el 26 de Mayo de 1649 en brazos de su esforzado compañero. El P. Bourdaise, uno de los que Vicente de Paul destinó en seguida para aquella Mision, sólo encontró las cenizas del P. Nacquart en una tierra que devoraba, no á sus habitantes, sino á sus libertadores. Habiendo quedado solo en 1657, pidió refuerzo, y cinco misioneros, de los que Madagascar tenia gran necesidad, pero que

(1) Madagascar, llamada en otro tiempo San Lorenzo por los portugueses y Dauphin por los franceses, es una grande isla del Oceano Indio, al Sudeste de Africa, de la cual está separada por el canal de Mozambique. Su superficie es de unas 20,000 leguas cuadradas. Los portugueses descubrieron esta isla en 1506; despues de ellos la visitaron los holandeses, pero ni unos ni otros fundaron en ella establecimientos. Desde 1665 los franceses han ido formando varios y se han mantenido constantemente en la isla á pesar de la insalubridad del clima y de las hostilidades de los indígenas.



MADAGASCAR.—Primera misa celebrada en Tananarive el 8 de Julio de 1855. (Pág. 453).

no habrían llegado sino despues de su muerte, naufragaron en el Cabo de Buena Esperanza, y una flota holandesa volvió á conducirles á Europa. El P. Renato Almeras, sucesor de san Vicente en calidad de superior general, heredó los sentimientos de ternura y compasion que abrigaba su antecesor por los malgaches, á quienes envió algunos apóstoles, dando con ellos dos mártires al Instituto.

La Mision de Madagascar subsistió hasta 1674, que fué cuando Luis XIV abandonó la isla, prohibiendo á su marina que tocara en aquellas funestas playas. De los cuatro misioneros que entonces quedaban, uno fué muerto por los negros, otro quemado vivo en su propia habitacion, y los dos restantes regresaron á Francia.

Luis XVIII alzó la antedicha prohibicion y fundó las nuevas colonias de Santa María y Titingues, pero ningun misionero acompañó aquella expedicion. Hasta el año 1837 no fué á Santa María el P. Dalmond, de la Congregacion del Sagrado Corazon de María, empezando tres años despues la Mision de las pequeñas islas Nossi-Be. Nombrado prefecto apostólico de Madagascar, y no bastando el corto número de misioneros para llenar las necesidades de aquella vasta Mision, el P. Dalmond pidió á la *Propaganda* confiara la grande isla á la Compañía de Jesús. Esta demanda fué tomada en consideracion, y en 1845 los PP. Cotain, Denieau y Monnet, escuchando el llamamiento de su Provincial, fueron con el misionero Dalmond, que habia ido á buscarles, á la tierra tan deseada y donde tanto bien podian hacer.

II.

PRIMERA MISA CELEBRADA EN TANANARIVE.

En 1845 los misioneros de la Compañía de Jesús habian logrado establecerse en Tamatave, pero sólo hasta 1855 no lograron penetrar en el interior de la isla. El 13 de Junio entró en Tananarive uno de ellos, con traje seglar y nombre supuesto, pues la religion católica estaba entonces proscrita bajo pena de muerte por la reina Ravalona I. El Sr. Laborde, representante de Francia y único europeo establecido en Tananarive hacia muchos años, habia obtenido autorizacion, raramente concedida, de introducir en la capital howa al Sr. Lambert, comerciante francés de la isla Mauricio, y al misionero católico. Poco tiempo despues, antes de la aurora del 8 de Julio, celebró éste por primera vez el santo Sacrificio en la grande isla africana. El Sr. Laborde habia elegido al intento el sitio más retirado, un aposento en el piso superior de un pabellon llamado *Castillo Templeque*, cuyas salidas habia hecho guardar. Los concurrentes eran siete: el príncipe Rakoto Radama, despues Radama II; los Sres. Laborde y Lambert, y cuatro malgaches, entre ellos una mujer. Un dibujo del P. Alfonso Taix, que reproducimos en la pág. 453, representa fielmente dicha escena, figurando cortado verticalmente el aposento del Sr. Laborde.

La esposa del príncipe Rakoto no asistió á esta primera misa, pero puesta en el secreto poco despues, quiso asistir al santo Sacrificio, y así lo practicó durante dos años con Radama los dias festivos, cuando era posible ofrecerlo en el mismo local y con las mismas precauciones.

LUZON.

MEMORIA SOBRE LA REDUCCION DE LAS TRIBUS INFIELES.

PARTE SEGUNDA.

CAPÍTULO I.

MODO FÁCIL Y PRÁCTICO DE REDUCIR INSENSIBLEMENTE LOS INFIELES IGOROTES Á LA VIDA CRISTIANA Y CIVIL.

Bien puede suponerse que la introduccion del cristianismo en estas razas no puede verificarse por reflexiones y razones teológicas, ó filosóficas puramente especulativas: esto seria imposible, humana y generalmente hablando, si se considera lo superficial y corto de sus inteligencias, que podrian compararse á la de un niño de ocho años, si no estuviesen tenazmente adheridos á los más crasos errores. Han de tratarse, pues, como á niños sin reflexion para lo bueno, aunque para lo malo sean no sé si diga brutos, locos ó posesos, de quienes es preciso precaverse y prevenir á los demás. Y no quiero decir con esto que deba imponérseles la fe y costumbres cristianas á la fuerza, no por cierto; se trata de imbuirlos en ella por la educacion y bautismo de los niños, quienes por medio de este sacramento reciben verdaderamente la gracia santificante, las virtudes y el carácter de cristiano, sin necesidad de las disposiciones previas que se exigen para los adultos.

Y no se hace violencia á sus padres, puesto que éstos no lo repugnan, una vez decididos á vivir entre cristianos, y en especial si reciben al Padre misionero en sus rancherías, y mejor aún si van á vivir bajo su sombra y proteccion en sus intereses materiales. Esto es corriente é indudable, por más que, debido á una contradiccion propia de su ignorancia y carácter, ellos perseveren empedernidos en sus errores idolátricos. Mas no solamente no lo repugnan, sino que los presentan á bautizar casi sin indicárselo, siguiendo la costumbre de los cristianos de la Mision. Este es, pues, el feliz portillo para poder penetrar en los ánimos acorazados de estas razas, y el medio eficaz de conseguir lícita y santamente que todos sean cristianos pasada una sola generacion. Y no puede conseguirse esto antes; y aún pasada la primera, segunda y tercera, quedan todavía retoños siniestros, demasiados por desgracia, á causa de la mala semilla de sandeces y supersticiones que siembran los viejos y viejas antes de morir en su obstinacion.

De aquí se inferirá la importancia de las escuelas en las Misiones para infiltrar las doctrinas cristianas en los niños y contrarestar los despropósitos y absurdos que aprenden en la casa de sus padres. En ellas le es al misionero más fácil instruirlos en la doctrina católica; en ellas aprenden la lengua de los naturales, las primeras letras, y sobre todo se acostumbran á la subordinacion y al castigo del maestro, en contra de la pésima y perversa educacion que reciben de sus padres, á quienes mandan é insultan, y de quienes sólo aprenden á ser insolentes é insubordinados.

Debe suponerse que asisten á la escuela, ó al menos es fácil conseguirlo, arraigada algun tanto la Mision, no solamente los niños cristianos, sino tambien todos los jóvenes hasta que llegan á casarse, aunque no estén bautizados. Y la experiencia enseña que, conseguido esto y el que los jóvenes se impongan más ó menos en el rezo ó catecismo, piden unos en pos de otros el bau-

tismo, ya porque Dios en su misericordia los mueve á ello, ya porque ven ser más mirados del misionero los cristianos, ya porque los primeros atraen con el ejemplo á los segundos y éstos á los terceros, ya, en fin, por otros mil motivos que, aunque seria de desear fuesen algunos de ellos más legítimos, no obstante, dan por resultado la desaparición gradual del igorrotismo. Está además el misionero que procura cuanto puede catequizarlos é informarlos en el fin y efectos del bautismo, haciéndoles formar intencion más elevada que la que en un principio los movió á pedirlo.

Procúrese, pues, la puntual asistencia á la escuela de todos éstos para que aprendan, entre otras cosas, el catecismo; y aún se daría otro paso más adelantado si se procurase asistieran en horas y épocas convenientes los casados jóvenes, porque de este modo se instruirían en el rezo, por cuya falta y pereza de aprenderlo continuaban muchas veces en su infidelidad, y casi puede darse por seguro que solicitarían el bautismo. Las escuelas, pues, son un ariete formidable de que se vale el misionero para derribar cuanto antes el edificio satánico de la infidelidad en estos pobres, tanto más dignos de compasión, cuanto más fuertemente encadenados los tiene el príncipe de las tinieblas. Con esta arma poderosa hay que hacer guerra fiera á este cruel tirano, hasta que pasado el tiempo más preciso para la desaparición de los viejos, más duros que un peñasco, se consiga destruirlo de su imperio. El resultado será preciso y seguro con este medio y con firme perseverancia en él, suponiendo se halle el misionero en disposición y con apoyo eficaz para realizarlo en toda la extensión posible. Por el contrario, quitense estas escuelas ó déselas una existencia efímera, y quedarán los igorotes casi tan salvajes como al principio.

Mas no deben entenderse estas escuelas del todo semejantes á las de los pueblos cristianos; deben abrazar lo que éstas abrazan en general, pero no basta esto, ni con mucho. Son necesarios buenos maestros y maestras, no precisamente salidos de la Escuela Normal, que quizás para el caso serían los menos útiles, sino otras personas más acomodadas á esta clase especial de discípulos ó leños toscos recién sacados del bosque. Debe entenderse por ellas un magisterio muy lato, que, teniendo en cuenta las circunstancias de tiempos y personas, abraza todos los ramos que deben aprender los igorotes para poder buscarse la vida, lo cual apenas saben hacer trasladados á las Misiones del llano, después de haber abandonado sus sementeras y faenas especiales de los montes: debe abrazar este magisterio la enseñanza de la doctrina cristiana en los niños y jóvenes, juntamente con la de primeras letras, y un continuo y paciente catequizamiento del misionero sobre la religion y sobre los fenómenos visibles de la naturaleza, para desterrar de ellos lo que es como base de sus continuos temores y supersticiones, que no les dejan ni aún respirar libremente, impidiéndoles con sobrada frecuencia sus ocupaciones, ó haciéndoles suspender sus viajes y trabajos del campo.

Debe abrazar también el manejo del arado y demás instrumentos de labor y el modo de fabricar sus casas, en todo lo cual son más torpes y pesados que el plomo. Se les debe enseñar y acostumbrar á cuidar de sus inte-

reses, así como á sembrar plantas y árboles de utilidad, cosa que no se les ocurre y que obliga al misionero á estar constantemente sobre ellos un día y otro día para cada cosa que tengan que hacer. Tampoco debe olvidar el misionero las presas y canales de agua, porque si él se olvida todo queda parado y como muerto, con perjuicio de todos y de él mismo, á quien acuden después á pedir alimento; y si lo niega, como merece su pereza y falta de prevision, se quedan á veces sin lo más necesario: si trata de remediarlo, como no puede menos, moralmente hablando, no sabe de dónde sacarlo; no pudiendo hacer otra cosa, movido de su caridad y puesta la mira adelante, que quitárselo de la boca, comiendo cuando tiene y ayunando cuando no tiene. Se necesita, en suma, que el misionero se haga todo para todos, pero no así como quiera, sino en cuerpo y alma, en todo cuanto hay que hacer por parte de unos troncos que, en descortezarlos, desbastarlos, y formar, por fin, de ellos hombres racionales, cristianos y súbditos sumisos de casi bestias que son, se necesita mayor paciencia que la de Job, sostenida solamente por el fin santo, el fin dulce y deleitable de dar contento á Dios, que merece gloria, obediencia y honor por los siglos de los siglos.

NECROLOGÍA.

Newport y Menevia (Inglaterra).—El Ilmo. Tomás-José Brown, de la Orden de san Benito, doctor en teología, obispo de Newport y Menevia y prelado asistente al solio pontificio, nació en Bath el 2 de Mayo de 1798. Entró muy joven en el monasterio de Benedictinos de Acton Burnell, y pronunció sus votos en Downside. Su maestro de novicios y alguno de sus profesores eran monjes de la célebre Congregación de San Mauro de Francia. Pasó su juventud, según las tradiciones de su Orden, en la práctica de las virtudes ocultas y en el cultivo de las ciencias. De 1814 á 1840 puede afirmarse que fué el alma y la vida de Downside. Aumentó considerablemente la biblioteca, organizó los estudios, y descendió no sin gloria á la arena de la controversia. En 1834 fué elegido prior, y en 1840 Gregorio XVI le nombró obispo de Apolonia y vicario apostólico del nuevo distrito de Gales.

En un sermón predicado el día de la consagración por el cardenal Wiseman, entonces obispo auxiliar del distrito de Mitland, el ilustre y sabio Prelado, gloria de la Iglesia de Inglaterra, hizo de antemano la historia del que en aquel momento recibía la consagración episcopal.

«Dios y sólo Dios, decía, sabe cuán numerosos habrán de ser los trabajos que habéis de hacer en el campo confiado á vuestros cuidados, y cuán penosos serán los sufrimientos de vuestro ministerio; pero que este porvenir os regocije en lugar de abatirlos. El desierto, hecho fértil por vuestros cuidados, será más agradable á los ojos del Señor que un paraíso ya plantado; y una oveja añadida á su rebaño por vuestro celo será más grata á su Corazón que las noventa y nueve que tiene seguras. A otros se les confía la carga del episcopado, á vos la del apostolado; á ellos el cuidado de conservar, á vos el de adquirir. Armaos, pues, de valor heroico en vuestra empresa, porque es la obra de Dios.»

Todo, en efecto, estaba por crear. El país de Gales no había visto un obispo católico desde los días de la Reforma. En algunas antiguas ciudades, en el dominio de algunas familias católicas, al rededor de uno ó dos centros escogidos del condado de Monmouth, allí donde la tierra había sido regada con la sangre de los mártires y guardaba sus cenizas, un puñado de pobres fieles luchaban, es cierto, para conservar el precioso depósito de la fe. Pero hace cuarenta años que los grandes puertos de la costa del país de Gales no eran más que insignificantes poblaciones, y las gigantescas fundiciones de hierro de los condados de Monmouth y de Glamorgan no habían adquirido su com-

pleto desarrollo; además y sobre todo el pueblo irlandés no había dejado todavía el suelo natal. Conocer personalmente cada pequeña congregación de ese rebaño disperso, descubrir los medios de instruir á los fieles, mantener su fervor, gracias á algunos sacerdotes que tenía á su disposición, aumentar su número de año en año; tal fué ante todo el objeto del celo y abnegación del nuevo Obispo. La Misión más lejana fué visitada con regularidad cada tres años, y las cuentas minuciosas que exigió, así como las notas que redactó, atestiguaron su actividad.

Gracias también á sus paternales exhortaciones, los miembros de su clero edificaban iglesias, abrían escuelas, administraban los Sacramentos, luchando á la vez contra la pobreza, afrontando el clima y las enfermedades contagiosas, sin esperar otra recompensa que la prometida al siervo fiel.

Poco después de haber sido elevado al episcopado comenzó la emigración del pueblo irlandés, emigración que en realidad ha hecho á su diócesis tal cual es. Las víctimas del hambre llegaban á millares á lo largo de la costa del país de Gales, y afluían hácia los centros industriales, como Swansea, Cardiff, Newport, Merthyr y Fredegar, dejando en el camino ¡ay! numerosas víctimas. En favor de tantos infelices desterrados el Obispo apeló á la abnegación del clero, construyó capillas, abrió escuelas, mostrando, por último, en cada uno de sus actos extraordinaria energía, celo y sacrificio.

No obstante sus numerosas ocupaciones, nadie mejor que él se consagraba á ejercicios de piedad. Durante toda su vida levantóse á las cinco de la mañana. La meditación, la preparación para la misa, el santo Sacrificio ofrecido con admirable recogimiento, eran sus primeros trabajos de cada día, y esta comunicación íntima con Dios hizo de toda su existencia un combate por la gloria de la santa Iglesia.

Acaeció su muerte el 12 de Abril pasado, á las tres de la tarde, en el momento en que acostumbraba todos los días reunir en torno suyo á sus servidores á fin de rogar por los agonizantes. Cuando el sacerdote, uno de sus hermanos en religión, hubo concluido la fórmula de la absolución general y le hubo dado la bendición del Papa, el venerable Prelado entregó apaciblemente su hermoso espíritu en manos de su Criador.

Vizagapatam (Indostan).—El Rdo. P. Felipe-Ricardo Cugnet, de la Congregación de San Francisco de Sales de Annecy, vicario general de la Misión de Vizagapatam, ha muerto en esta ciudad á la edad de cincuenta y seis años.

Nacido en Serraval (Saboya), había hecho sus estudios en el colegio de Evian. Fué ordenado presbítero en 1850 y partió á las Indias en 1851. Consagró las primicias de su apostólico ministerio á los Khondos, tribus salvajes que evangelizó con los más felices resultados. Desgraciadamente las calenturas pusieron luego término á sus gloriosas conquistas, y aunque se consiguió salvarle, el germen del mal, del que jamás pudo desembarazarse, le causó hasta al fin de sus días continuas indisposiciones. El Ilmo. Neyret confió en seguida á su cargo muchas estaciones del litoral. En 1866 el Ilmo. Tissot, actual vicario apostólico, le nombró superior de los establecimientos de Vizagapatam, y en 1874 vicario general de toda la Misión. En este elevado cargo el P. Cugnet prestó al Vicariato servicios cuyo recuerdo se conservará mucho tiempo. Lleno de celo, nunca cesaba de predicar, sea en inglés, sea en tamul. Ricos y pobres, todos le amaban y veneraban, y los niños corrían á su encuentro al divisarle.

Atacado de una ligera parálisis el 11 de Abril, espiró al día si-

guiente después de recibir los santos Sacramentos. Todo el pueblo de la ciudad y de sus alrededores asistió á los funerales, y la música militar enviada por el coronel inglés del 29.º regimiento prestó su concurso á la fúnebre ceremonia.

EFEMÉRIDES.

4 OCTUBRE 1647.—*Catorce religiosos Capuchinos parten de Cádiz para el Congo.*

«El Procurador general de la Orden, refiere el P. Labat, estaba encargado por la Congregación de la Propaganda del envío de los misioneros que se le pedían, y de los cuales había tan apremiante necesidad en el Congo. La Congregación creyó conveniente enviar allí catorce misioneros, á saber: doce sacerdotes y dos legos, y confió su elección al Procurador general, que tuvo que molestarse poco para encontrarlos. Transmitió los nombres á los Cardenales, indicándoles el

P. Dionisio Moreschi, de Placencia, como superior y prefecto apostólico, en caso de que hubiese muerto el P. Buena-ventura.

«El P. Dionisio, á quien llamaremos el viejo, para distinguirlo de otro del mismo nombre que fué á aquellas Misiones después, era un excelente sujeto y muy capaz para ocupar aquel puesto importante, en el cual adquirió muy justa reputación y gloria. No relataré los nombres de los otros, pues me parece harto inútil, bastando con decir que eran de diferentes provincias de Italia y de España, y todos ellos excelentes sujetos y muy á propósito para la gran obra á que fueron llamados.

«La patente del Prefecto y las sumisiones de sus compañeros fueron expedidas por la Congregación el 9 de Agosto de 1646, y los italianos se embarcaron en Génova, llegando felizmente á Cádiz, donde el H. Francisco de Pamplona les esperaba con los misioneros españoles, y donde lo había dispuesto todo para el embarque.

«El rey de España Felipe IV quiso contribuir á los gastos del viaje é hizo que se les abas-

teciera con abundancia de todas las provisiones necesarias, así como de ornamentos sagrados para el servicio del altar.

«...Hubo gran rivalidad en ofrecerles pasaje en los mejores buques, pero los titulados gentiles hombres, y naturales de España, son siempre preferidos en semejantes casos, y algunos gentiles hombres navarros, compatriotas y amigos del H. Francisco, que habitaban en Cádiz, merecieron la preferencia sobre muchos otros que se presentaron, fletando un buque inglés de treinta y seis cañones.

«La partida se fijó para el día 4 de Octubre de 1647, en cuyo día el obispo de Cádiz, que lo era entonces un religioso de la Orden de San Francisco, celebró misa pontifical, pronunció un bello discurso sobre el objeto de la Misión, dió la bendición á los misioneros, les abrazó tiernamente, y, según lo que se practica en los embarques de los misioneros, les condujo en procesión al puerto (1).»

(1) *Relacion histórica de la Etiopía occidental*, por el reverendo P. F. J. Labat, de la Orden de los Hermanos predicadores, t. III, página 118-121.—Paris, Deslepine, 1732.

TITOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5, Barcelona.



ILMO. TOMÁS JOSÉ BROWN, benedictino, obispo de Newport y Mernevia (Inglaterra).